

A muscular man is shown from the waist up, wearing a purple and blue plaid kilt. He is looking towards a large, stone castle with a prominent tower, situated on a grassy hill. The background shows a body of water and a forested area under a clear sky.

HIGHLANDER

UN CORAZÓN AL QUE CANAR

DM

DYLAN MARTINS



Primera edición.

Highlander. Un corazón al que ganar

Dylan Martins.

©noviembre, 2019.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

CAPÍTULO 1



Lanarkshire, Escocia, año 1980

Todos tenemos un sueño y yo lo tenía desde que era muy pequeña, pero más que un sueño, era mi gran secreto...

Después de unos años estudiando medicina en la Universidad de Edimburgo, regresaba a mi casa o, mejor dicho, a la casa de los MacGuffey.

Mis padres trabajaban para esa familia mucho antes de que yo naciera, en esos terrenos estaba nuestra casa, al igual que la de muchos de las familias que trabajaban para ellos, siempre viví allí, hasta que fui a estudiar a Edimburgo.

La casa se ubicaba de forma estratégica, cerca del antiguo castillo que fue residencia del Clan Douglas, los antepasados de los MacGuffey, terrenos que nunca pudieron reclamar, ni pelear. Aquel era el dolor que permanecería en aquella familia para siempre, de ahí querer mantener la cercanía con aquel lugar.

Las puertas se abrieron y volví de nuevo a ese estilo de vida tan diferente al que había en la ciudad, aquí parecía que, con el paso de los años, nada había avanzado lo más mínimo. Es lo que se respiraba en las tierras que había detrás de aquellas murallas de piedra, que habían construido simulando una fortaleza.

Saludé a varios de los trabajadores que me encontré por el camino, hasta que, a lo lejos, vi a mi madre corriendo hacia mí, agarrándose la falda de ese uniforme del siglo XV que usaban todas las sirvientas de la casa.

—¡Hija! —gritó agarrando mi cara con sus manos y besándome sin cesar.

—Madre... —sonreí emocionada —Les he echado mucho de menos.

—Verás cuando te vea tu padre, estás preciosa —me miraba con ojos lagrimosos.

Agarró una de mis maletas y la seguí hasta nuestra casa, al fondo estaba la de los señores, construida a imagen y semejanza de un castillo medieval, e imponiéndose sobre el gran terreno amurallado.

Dentro era como una ciudad, muchas casas, terrenos, zona de ganado, agricultura... Se movía un imperio a manos de aquella familia, que era el sustento de muchas otras.

Me paré ante muchos de los niños que había por allí jugando, a la mayoría ni los reconocía, los había dejado siendo unos bebés.

—Esto cambió bastante, no has vuelto en mucho tiempo.

—Ya sabes que tuve que estudiar bastante y en verano, tenía que trabajar en prácticas —sonreí ante su queja justificada.

—Estoy feliz hija, quiero que seas independiente, que trabajes de lo que has luchado.

—En unos meses me dan la plaza en el hospital de Edimburgo, sabes qué haré mi vida allí.

—Lo sé hija, nosotros estaremos felices, aunque espero que vengas a vernos de vez en cuando.

—Lo haré, tendré mis vacaciones en diciembre y julio, por supuesto que vendré, no te preocupes por ello. Tendré mi sueldo, mi casa y podré ser más independiente.

—Nos enorgullece tanto que lo hayas logrado... —Me acarició la espalda antes de entrar.

—Gracias a ustedes y vuestro esfuerzo —la abracé.

—Y a esa ayuda que te dieron por las excelentes calificaciones, hija —acarició mi cara.

Entré con las maletas en lo que había sido mi dormitorio, hasta trasladarme a la ciudad, lo recordaba tal cual estaba, a pesar de la vida tan diferente que había vivido los últimos años.

Me senté en la cama y suspiré, había sido muy feliz aquí, pero vivía en una realidad que no correspondía a la vida que ya comenzaba a llevar fuera de esa fortaleza y que era por la que yo había luchado.

Duncan, era el dueño y señor de todo aquello. Estaba casado con Aila, con quien solo tuvo un

hijo, Scott, mi gran secreto.

Fue mi gran amor desde pequeña, lo veía a lo lejos y me escondía sonrojada mientras reía nerviosa, jamás le conté nada a nadie.

Con Scott, nunca tuve un intercambio de palabras, me veía como una mocosa que jugaba por allí, como tantos niños, además, él, estaba muy centrado en seguir los pasos de su padre y tomar el control de todo aquello.

La diferencia de edad también había sido notable, había que añadir que me llevaba más de diez años, yo tenía veinticinco y él, debía estar en torno a los cuarenta.

Deseaba verlo por allí, saber cuánto había cambiado, lo recordaba como un hombre guapo, fuerte, con una leve sonrisa...

Dos toques a la puerta abierta de mi habitación, me sacaron de ese pensamiento.

—¡Padre! —exclamé emocionada y acercándome para abrazarlo.

—Hija, no sabes la alegría que me da verte —me abrazaba con cariño, acariciando mi pelo y besando mi frente.

Salí con él, hasta y lo acompañé hasta las cuadras de los caballos, era a lo que mi padre se dedicaba, se encargaba de cuidar y mantener en perfecto estado a todos los que había en la finca.

Miraba a la gente sonriente, que levantaban la mano al verme o se paraban a saludarme, aquello no había cambiado y eso me sorprendía, pero eran felices allí, en su mundo, donde hasta había una tienda de comida y una taberna donde iban los hombres y mujeres.

Me paré frente a la señora Aila que, al verme, se acercó mí sonriendo, me agarró por los hombros con cariño y me dio un beso en la mejilla.

—Fiona, felicidades, me alegra volver a verte por las tierras.

—Gracias, señora Aila —sonreí emocionada.

—Ven, vamos a tomar un té y me cuentas —se agarró a mi brazo y me llevó a la taberna —. La verdad es que necesito un poco de chismorreo de fuera —pegó su cabeza a mi hombro sonriente.

—Bueno, pues por fin terminé la carrera, pero me costó muchas horas sin dormir —sonreí.

—Todo tiene su sacrificio, a mí me hubiera encantado que Scott, estudiara una carrera —se refirió a su hijo, mi gran amor desde pequeña —, pero ya sabes cómo es él y, sobre todo, su padre. Vivimos aferrados a una historia que terminó hace muchos años, donde la sangre y la lucha formó parte de los nuestros y se morirían antes de abandonar esta vida —sonrió resignada, aunque a ella

se la veía feliz.

—Entiendo... —sonreí —Todo ahí fuera es muy distinto, la ciudad y su ritmo de vida es muy diferente.

—Me dijeron que en unos meses te vas definitivamente a Edimburgo, que te darán una plaza como doctora en el hospital.

—Así es —sonreí.

—Mi marido —se refirió a Duncan —está preparando una fiesta para todos los de las tierras, será mañana, ya sabes, se acerca uno de los días más importantes en la historia de la familia y está como loco para que no se le escape detalle.

—El día que consiguieron adquirir estas tierras, cerca del castillo de Douglas —sonreí.

—Eso es —levantó su vaso de té y sonrió —, me alegra que no se te hayan olvidado las costumbres.

—Imposible, es parte de mi infancia, de mi vida...

—Me alegra mucho que así sea y ahora, me voy a la casa que están arreglándome el vestido que mañana llevaré para la fiesta y debo probármelo —nos levantamos y se agarró de mi brazo, mientras caminábamos.

—Veré que ponerme —volteé los ojos, mientras sonreía.

—Con lo que te pongas, estarás preciosa —acarició mi barbilla.

Ví como un padre le daba unos cachetes en el culo, con fuerza, a uno de sus hijos, algo había hecho y estaba bastante furioso. El crío lloraba de forma desconsolada.

—¡Ya está bien! —Intenté que parara.

—Se lo tiene merecido, mató una gallina.

—Vale, pero ya obtuvo su merecido, ¿no cree? —pregunté en tono suave.

—Está bien... —Le dio un empujón al niño, que terminó en el suelo y se fue.

—Gracias —dijo el pequeño con voz temblorosa sin dejar de llorar.

—No lo vuelvas a hacer, ¿vale?

—Yo no fui, lo hizo Logan —señaló a otro pequeño que lo miraba a lo lejos.

—¿Te echaste la culpa para protegerlo? —Le hice señas con la mano a Logan, para que viniera.

—Sí.

—¿Has permitido que el reciba un castigo para protegerte? —pregunté cuando se acercó.

—Lo siento... —dijo con voz triste.

—Lo sientes, pero lo has permitido. Mientras tú amigo daba la cara por ti, tú mirabas impasible lo que estaba sucediendo —Logan se echó a llorar —. No lo vuelvas a hacer, ¿vale? A los amigos hay que cuidarlos y evitarle este tipo de cosas, hay que ser valientes, acatar las consecuencias de lo que uno hace. No vuelvas a matar una gallina, porque si me entero, seré yo, quien me enfadé y mucho —dije en tono de advertencia.

—No lo haré más —contestó Logan con voz triste —. Perdóname... —Se dirigió a su amigo que asentía con la cabeza mientras continuaba llorando.

—Iros a jugar y que no vuelva a pasar —les hice un gesto cariñoso a los dos en sus cabezas y fui hacia la casa de Kelly, mi mejor amiga dentro de las tierras.

La puerta estaba abierta, ahí vivía ella con su marido Williams, los dos se habían criado en estas tierras, eran hijos de trabajadores de ellas, como yo.

Golpeé dos veces la puerta y escuché a Kelly.

—Adelante, estoy en la cocina.

Entré sonriente y me apoyé en el quicio.

—¡Fiona! —gritó emocionada y secándose las manos de estar fregando.

—Kelly —reí emocionada y la abracé.

—Siéntate, por favor, que alegría tenerte de vuelta.

—Te advierto que, por poco tiempo.

—Lo sé, tu madre me tiene al tanto de todo. Qué sorpresa tenerte aquí, mañana es la gran fiesta.

—Ya me lo dijo Aila. Estuve con ella tomando un té en la taberna.

—Qué bien, Fiona, que bien —estaba de lo más emocionada.

—Y cuéntame... ¿Qué tal estás?

—Pues, bien, tranquila, ya sabes... Me dedico a la casa, a Williams —se refirió a su recién estrenado esposo. Se habían casado hacía un año, me lo contó por carta, pero aquello se veía venir, los dos estaban muy enamorados —él sigue con tu padre trabajando en las cuadras. Queremos tener un hijo, pero no llega —se encogió de hombros.

—Cuando menos te lo esperes... —Le acaricié el brazo.

—Bueno, tampoco se me va la vida en ello, pero a él, le haría muy feliz ser padre.

—Entiendo...

—Y cuéntame, ¿cómo es la vida en Edimburgo?

—Diferente, es otro tipo de vida, todo avanza más rápido, hay edificios, calles, tiendas, cafeterías...

—Me encantaría conocerlo... —suspiró.

—Seguro que algún día...

—Creo que no saldré de Lanarkshire, en mi vida —se puso la mano en la boca mientras reía.

—Eso nunca se sabe, si vieras lo avanzando que está el mundo ahí fuera, no pensarías igual.

—Pero mi vida ya está en este lugar —su tono sonó melancólico —. Tampoco estoy tan mal aquí —sonrió.

Le agarré las manos y me despedí.

—Ahora voy a ver a madre, quiero ayudarla un poco. Mañana nos veremos en la fiesta.

—Claro —apretó mis manos y me dejó ir.

CAPÍTULO 2



Lanarkshire, Escocia, año 1980

Todos tenemos un día importante para festejar, hoy era el de los MacGuffey...

El sonido de las gaitas y el movimiento de gentes por las tierras ya se hacían notar. Era el día de la fiesta, el gran día.

Me miré en el espejo, volví a ponerme la ropa tradicional, un corpiño con una falda larga y el tartán, acorde al momento. Mis pechos se realzaban y me veía más atractiva y los rizos de mi larga y morena melena, caían sobre un lado de mis hombros descubiertos.

Había dejado atrás esa jovencita que salió para labrarse un futuro, ahora era más madura, más guapa, más mujer...

Mis padres ya estaban en la fiesta, yo tardé un poco más en prepararme, lo hice de manera tranquila, sabía que el día sería largo.

Caminé hasta la zona donde estaban todos bebiendo, el fuerte olor a Whisky se hizo notar rápidamente.

Mi corazón se paró en un segundo al ver a Scott, estaba mirándome con su rostro serio, pero con una leve sonrisa. Llevaba camisa amplia en color beige y el Kilt, en tonos negros y grises, los colores de su clan, desde épocas remotas en la región de las Highland.

Se acercó a mi lentamente, solté el aire.

—Hola, Fiona... —dijo con media sonrisa, sorprendentemente se acordaba de mi nombre.

—Hola, Scott —sonreí sin exagerar, mirándolo a los ojos. Notaba como ardían mis mejillas y sabía que estaba ruborizada.

—Me dijeron que ya estabas aquí y que eres toda una doctora... —su tono era leve, pausado, parecía querer decir más de lo que pronunciaba.

—Bueno, no te mintieron —lo miré con melancolía.

—¿Quieres? —Me ofreció del vaso que tenía en su mano.

—Gracias —di un trago de ese Whisky —. Está fuerte —le devolví el vaso.

—Se dice que la ciudad está muy cambiada, hace mucho que no voy por allí.

—Lo está —miré su torso, se veía enorme y duro como una piedra, tenía un físico espectacular.

Observé como miraba de vez en cuando mi escote y mis labios, con ese rostro apaciguado y esa mirada que hacía que mi respiración fuera más agitada.

—Bienvenida —hizo un gesto con su cabeza y se retiró.

Scott había cambiado, pero no mis sentimientos hacia él, habían transcurrido unos años, pero mi corazón parecía haberse quedado anclado en aquel sentimiento de atracción por ese hombre.

Me acerqué donde estaba madre con Kelly charlando, les hice un gesto de cariño en la espalda y me puse con ellas.

—Vimos que Scott, se acercó a ti —dijo sonriente mi amiga.

—Sí —evité hacer ningún gesto que descubriera mi mayor secreto —. Es un buen hombre, muy atento y educado.

—Nunca se enamoró, es lo que todos desean en las tierras.

—Madre, ya lo hará cuando le llegue el momento, o la mujer que desee.

—Bueno, pero ya es hora de que lo haga —hizo un gesto con la cabeza a modo de riña, como si Scott, tuviese la obligación de hacerlo.

Kelly y yo nos reímos.

Volví a localizar a Scott, estaba apoyado en una barra de madera, bebiendo solo, mirando a su alrededor y quedándose con sus ojos clavados en mí, unos segundos, yo lo miré, pero unos segundos.

Mi mente saltaba de pensamiento en pensamiento, momentos vividos en aquellas tierras donde fantaseaba con casarme con ese hombre que parecía que quería hablar. Era capaz de traspasar mi cuerpo incluso en la distancia. Me quedaba mirándolo y después apartaba la mirada para que no lo notara.

Miré alrededor y todo estaba precioso, lleno de antorchas encendidas, de vida, aquel día estaban todos disfrutando. Los hombres bebían como si no hubiera un mañana y las mujeres charlaban en grupos, alguna que otra, también con un trago en la mano.

Cogí una copa y me fui a pasear, pensativa, mientras oía de fondo la música de las gaitas.

—Una mujer solitaria y con una copa en la mano, algo debe estar pensando...

Ni siquiera me giré, sabía que Scott, estaba a mi espalda, acercándose a mí, se paró quedando cerca.

—A veces pensar es necesario —sonreí sin que me viera.

—Donde hay pensamientos, hay sueños —su tono era de lo más seductor.

—¿Quién no tuvo nunca alguno? —Cerré los ojos y respiré.

—¿Y, ¿cuál es el tuyo? —preguntó desde atrás, seguía ahí parado, al igual que yo.

—Digamos que, algunos sueños, son parte de nuestros secretos —él, era mi secreto, mi sueño, pero no osaría en decírselo.

—Tienes razón, no debí...

—Tranquilo, no pasa nada.

—¿Te apetece pasear? —Dio un paso adelante y se puso junto a mí.

—Claro —lo miré y sonreí, también llevaba un vaso en su mano.

—Supongo que después de estar tanto tiempo en la ciudad, te resultará extraño volver aquí.

—Bueno, lo echaba de menos, en parte, esto es ahora, como un refugio para desaparecer de ese otro mundo —sonreí.

—Yo creo que no podría vivir ese tipo de vida —sonrió sin perder el rictus serio.

—Si no lo pruebas, nunca lo sabrás...

—Tienes razón, pero mi vida es esto, sé que allí no podría llevar la vida que deseo, las tierras, la familia...

—En eso tienes razón, no podrías llevarla —sonreí.

—A padre, le daría algo, él quiere que continúe con todo por lo que él luchó.

Nos paramos mirándonos muy de cerca, podía sentir su respiración cerca de mí, sus ojos fijos en mi boca, solté el aire despacio.

—Han hecho haggis —su mirada hablaba por sí sola.

—Eso suena muy bien —sonreí mientras lo miraba con la misma intensidad que él, lo hacía.

—Ya sabes que no puede faltar en las celebraciones.

—Es parte de la tradición —levanté la ceja.

—Me agrada que estés en estos momentos aquí —se acercó un poco más, yo estaba parada junto a un árbol.

—¡Vaya!, no me lo esperaba.

—¿Y eso? —su voz, aceleraba las pulsaciones de mi corazón.

—No sé, nunca hablamos, nunca te dirigiste a mí...

—Tal vez no te diste cuenta... —carraspeó.

Un silencio se hizo entre nosotros, esa frase me había dejado sin aliento y nerviosa. Me imponía estar ante él, me imaginaba entre esos fuertes brazos, a merced de ese hombre, con quien tantas veces, había fantaseado.

—¿Volvemos para comer y luego si quieres, damos un paseo?

—Claro —rompí mi pensamiento...

Volvimos donde todos estaban y fui hacia donde estaban mi amiga y mi madre, seguían charlando, eran dos personas muy iguales hasta de mentalidad y congeniaban perfectamente.

—¿Estás bien, hija? —No sé qué me vio para hacerme esa pregunta, pero quizás mi cara hablaba por sí sola.

—Claro, madre —probé ese haggis, que estaban sorprendentemente bueno.

El sabor de las comidas era diferente en la ciudad, aquí eran más elaboradas, se condimentaban de manera diferente y se le ponía más cariño al hacerla.

No podía quitarme de la cabeza a Scott, que comía mientras charlaba con Duncan, su padre, dueño y señor de las tierras y al que todos querían y respetaban por igual.

Madre y Kelly hablaban de cocina, las escuchaba de fondo, mi cabeza estaba en ese momento, de volverme a ir a solas con Scott, además de esa frase que quedó grabada en mi mente, al entender que ya antes me había observado, cuando yo ni siquiera pensaba que existía para él ¿Sería un mensaje?

Lo busqué con la mirada y me hizo señas con la suya, salió de allí, apartándose hasta el otro lado de los terrenos.

Salí a buscarlo, lo vi a lo lejos y lo seguí, nos fuimos caminando mirándonos sonrientes, sin hablar, hasta que paró en una especie de piedra gigante y nos pusimos detrás de ella, fuera de las miradas de cualquiera.

—Fiona... —susurró mi nombre.

—Dime... —mi voz era temblorosa.

—Me alegro de que estés aquí —metió sus dedos por un lado de mi sien y los deslizó por el pelo, su tono era embelesador y sus palabras, llenas de ternura.

Solté el aire, pausadamente, me estaba poniendo a flor de piel, aquella situación, observé su mirada y comprobé como su rostro se inundaba de una exuberante sensualidad.

Aparté la mirada y me agarró por la barbilla con delicadeza.

—Mírame —sus ojos eran como brasas y su tono de voz, como un susurro.

Yo me estaba viendo envuelta en un momento dulce y lleno de pasión.

—Scott... —dije al sentir sus dedos tocando mi cuello, mientras me miraba.

—Eres delicada como una flor... —acariciaba mi hombro y cuello con sus dedos.

Aquello era un dulce tormento, sus caricias eran hipnóticas y yo me sentía pequeñita ante ese gran hombre.

Quitó su mano de mi cuello y agarró la mía, me llevó por aquellos caminos hasta la casa del antiguo guardián, donde ya no vivía nadie.

Nos sentamos al borde de la cama, de lado, mirándonos de frente, cogió mi mano y se la llevó a su corazón.

—Me gusta tu pelo, así, como lo tienes ahora —llevó sus dedos a mi cabello y lo acarició con su yema.

Contuve la respiración, el contacto me producía un placentero escalofrío.

—¿Puedo? —preguntó, tocando la cuerda que abría mi corpiño.

Solté el aire y asentí con la cabeza, era lo que había fantaseado tantos años y ahora, no podía resistirme a eso.

Me levantó con sus manos y me puso frente a él, comenzó a soltar lentamente esas cuerdas, que dejarían al descubierto mis senos, iba respirando con intensidad, pero tranquilamente.

Me quedé sin la parte de arriba ante él, que me miraba con fuego en sus ojos, con gesto contenido y lleno de deseo.

Me dio la vuelta y comenzó a quitar la cuerda de la falda, hasta caer al suelo y dejarme sin ella. Quedé solo con la braga ante sus ojos, que me miraban ardientes.

Estaba casi temblando, él siguió observando mi cuerpo con tranquilidad, hasta que puso una de sus manos sobre mi pecho y lo apretó, emitió un gruñido de placer y yo, sentí que me quedaba sin aliento.

Me besó y no creí que pudiera ser verdad, besaba de tal manera, que arrancaba el alma, desollaba la piel y abría cada poro de mi cuerpo.

Se pegó a mí y, poco a poco me dejó caer en aquel sucio catre. Se subió el kilt y noté su gran miembro rozando mi pubis, ya que, para mi sorpresa, no llevaba calzoncillo. Me miró fijamente y sus ojos eran como ascuas ardiendo. No decía una palabra, sus manos se agarraron a mis pechos y empezó a apretarlos mientras se metía uno en la boca y mordisqueaba mi pezón. Me estaba volviendo loca de placer, pero sus mordidas se acrecentaron, haciendo que diera un grito de dolor. Sin más preámbulo, abrió con sus piernas las mías y me penetró de una estocada, produciendo que me retorciera de dolor.

—¿Te duele? —preguntó cuando entró en mi interior como una bala a cámara lenta.

—No... —dije conteniendo la respiración, supuse que era normal, era la primera vez que estaba con un hombre y Scott, era un hombre grande. Noté como agarraba mis caderas y comenzaba a soltar esa tensión que se había forjado por momentos.

Su mirada y su respiración sobre mis labios. Mi corazón dio un vuelco al sentir que subía la intensidad de sus golpes en mi interior.

Buscaba precipitadamente con esos movimientos algo que parecía que anhelaba, sus gemidos de excitación eran cada vez más seguidos. Yo, sentía más dolor que placer, pero estaba arrastrada totalmente a ese momento tan placentero para él, pues era lo que siempre había anhelado, estar con él.

Me retorcí cuando me vinieron a esas sensaciones tan fuertes, perdiendo el control, pero sin dejar de sentir el dolor que me causaban sus dedos apretando mis caderas y su manera de moverse.

Terminó y se quedó rígido, inmóvil, abrazado a mí durante unos minutos, esos donde yo imaginaba que, acostarme con él, sería una de las sensaciones más placenteras que jamás podía imaginar y no ese dolor en la primera vez.

Su sonrisa volvía a aparecer en sus labios, así como su mirada penetrante.

Se apartó un poco y vi en sus ojos el sabor del triunfo por ese momento.

—Eres preciosa —acarició mi cara.

Me tapó con las sábanas y me puso sobre su pecho.

Me mordí el labio intentando calmar esos sentimientos que causaba en mí, su mirada y esos dedos que, tras acariciar mi cara, se acercaban a mis senos, para volver a apretarlos, haciéndome soltar un gemido de dolor, que intentaba contener.

—¿Estás bien? —preguntó sin dejar de tocarme, ladeado, mirándome mientras conseguía que me volviera a ruborizar.

—Sí... —dije al notar sus manos pasearse entre mis piernas y entrar para notar la humedad que me había provocado. Cuando los sacó estaban manchados con la prueba de mi virginidad

Sonrió satisfecho mientras los volvió a introducir en mi interior, paseándose por aquel cumulo de dolor y excitación que iba provocando con cada movimiento.

Volvió a embestir mis labios, besándome y con su mano dirigiendo mi cara, su miembro volvió a aumentar debido al momento tan excitante que estábamos viviendo.

Me hizo girarme, apretó con dureza mis nalgas y me las abrió para observar sin perder detalle, yo me sentí avergonzada, pero sin decir una palabra, levantó mis caderas, poniéndome a cuatro patas y volvió a penetrarme de forma incesante, dándome azotes con su fuerte mano, haciendo que mi trasero pulsara dolor y mi vagina ardiera ante tales embestidas.

Caímos cuando llegó a su ansiado momento, metió su cara en mi pelo y soltó un desgarrado sonido de placer.

Mi corazón iba más rápido de lo normal. Hizo que me girara.

—¿Vamos a la fiesta? —preguntó sonriente, mientras se levantaba.

—Claro... —Cerré un momento los ojos pensando que no había sido como lo había soñado tantas veces, pero con la alegría que me causaba tenerlo tan cerca. Él, se echó para abajo el kilt, pues ni siquiera se había desnudado y no pude contemplar su cuerpo, el cual ser digno de admirar y esperó que me vistiera, no sin recrearse en mi pecho y tocarlos, un momento después lucirían tapados.

Salimos de allí y antes de entrar a la fiesta, me paró...

—Mañana te espero en el mismo sitio después de la comida —dijo acariciando mi cara y adelantándose, para entrar antes.

<<Claro>>, me dije a mi misma, ya que, no me dio tiempo a decírselo a él.

Entre a la fiesta donde estuvimos hasta las tantas, la música de las gaitas, los pasteles, queso, whisky y demás, estaban presente a cada momento y el ambiente era de lo más animado.

Un orgulloso Duncan iba entablando conversación con los demás asistentes y Scott, permanecía sobre la barra en todo momento, mirando a todas partes, pero, sobre todo, a mí.

A la hora de irme lo miré de lejos, sonreí y me dirigí a mi casa estaba agotada y dolorida, pero, sobre todo, feliz de haber estado en sus brazos y sabiendo que nos volveríamos a ver al día siguiente.

CAPÍTULO 3



Lanarkshire, Escocia, año 1980

Todos somos capaces de cambiar el rumbo de nuestra vida cuando nos arrastramos a algo que deseamos...

Estaba tomando el primer café de la mañana en casa de Kelly, madre se había ido a ayudar a recoger todo lo de la fiesta del día anterior.

—Ayer te vi aparecer con Scott, no quise decir nada delante de tu madre... —su tono era preocupado.

—Me lo crucé mientras paseaba y estuvimos charlando.

—Ten cuidado, es un gran hombre, pero se corrió el rumor de que estuvo con una del servicio y esta escapó, porque no aguantaba como la castigaba cuando no actuaba como él quería.

Aquello me dejó un poco desorientada, no entendía eso.

—Vaya, no me lo imaginaba así.

—Ya, son buenas personas, pero querer tener el control de todo, les hace actuar, a veces, de manera desmesurada. Lo mejor es evitarlo, te lo digo con toda mi buena fe.

—Lo sé, tranquila, está todo bien —sonreí intentando aparentar que nada sucedía.

No me imaginaba a Scott, en ese extremo, aunque la noche anterior no fue del todo delicado conmigo, no me lo imaginaba como decía Kelly. Aquello, seguramente, eran rumores que se habían creado dentro de esa fortaleza que los separaba del mundo y no tenían más distracción que hablar los unos de los otros.

También es verdad que no me planteaba nada serio con Scott. No creo que quisiera estar con la hija de unos trabajadores de sus tierras, además, su padre no me aceptaría por el simple hecho de conocer una vida más allá de aquellos muros. En breve estaría en Edimburgo, donde no podría compaginar mi forma de vivir allí, con una vida al lado de él, en aquellas tierras, era algo inimaginable.

Un rato después, fui a mi casa a preparar la comida, quería ayudar a madre que estaba ese día bastante liada. Primero llegó mi padre, al que le serví la comida, más tarde llegó ella y comimos juntas.

Mi cabeza no dejaba de darle vueltas a lo que me había contado Kelly, pero no pensaba que Scott fuera así, no lo veía tan malvado, sí era intenso, pero no como decían.

Salí al encuentro de Scott, tal y como habíamos acordado, al entrar en esa casa, estaba apoyado sobre la mesa con los brazos cruzados y con su media sonrisa, se incorporó al verme entrar y agarró mis manos, me pegó a él con fuerza y comenzó a besarme.

Sonrió al separarse y agarró mis caderas con sus manos.

—Tenía ganas de verte —dijo en ese tono sensual, que tanto me gustaba.

—Yo también —le regalé una leve sonrisa envuelta en un poco de timidez.

Comenzó a quitarme el jersey que llevaba, luego la camisa con el sujetador, la falda la dejó caer en el suelo y mi braga. Yo, yo lo fui desnudando a él.

Me echó sobre la cama y se puso sobre mí, agarró mis piernas con fuerza, me las abrió y comenzó a lamer y succionar, de manera desmedida, soltando sonidos guturales. Yo gemía de placer, a la vez que me retorció de excitación y me agarraba a su pelo con fuerza. Él, no frenó ni un momento, hasta que me vio contraerme y gritar cuando tuve un orgasmo.

Sin darme tiempo a reponerme, me levantó de la cama y me puso de pie con las manos apoyadas en ella, se agarró a mis caderas, me penetró de espaldas y comenzó a bombear como un loco. Todavía notaba algo de molestia de la vez anterior, y por el camino que llevaba, seguiría teniéndolas una buena temporada, ya que, me embestía como si no hubiese un mañana. En un momento dado, agarró mi pelo y comenzó a tirar de él, a la vez que me estaba destrozando a empujones y se corría sin parar. Quise decirle que parara, pero, poco a poco, fue bajando el ritmo y soltando mi pelo.

Luego desnudos nos tumbamos un rato en la cama, mirándonos el uno al otro.

—Te quiero aquí todos los días, a la misma hora —dijo en tono imperativo.

—Bueno, sí algún día no puedo...

—Podrás —su forma de hablar sonaba autoritaria.

—Scott, si no puedo por alguna razón o deber familiar, tendrás que comprenderlo...

Se puso encima de mí y me penetró de forma brusca, agarrándose a mis pechos y pellizcándolos con fuerza, como si me los quisiera arrancar.

—Nunca me digas, que no —replicó con deseo, pero autoritario.

—Vendré, siempre que pueda —volví a recalcar.

—¡Siempre! —Me penetraba con fuerza gimiendo desesperado —Siempre —cayó sobre mí, después de correrse y empapado en sudor.

Un silencio se hizo entre nosotros, mientras estaba encima de mí, luego se echó a un lado.

—Quiero tenerte en mi vida —dijo con tono triste.

—Scott, sabes que tengo que irme dentro de un tiempo.

—No quiero escuchar eso —se levantó nervioso y fue a coger una botella de whisky, que tenía sobre una mesa de aquel refugio, se sirvió en un vaso y se lo bebió de un trago, parecía furioso.

—Tendrás que escucharlo, no puedo tirar por la borda, todo por lo que luche —me levanté enfurecida.

—¡Me debes respeto! —Volvió a dar otro trago.

—¡No te debo nada, hemos trabajado en vuestras tierras! —gritaba como loca —¡Y hemos acatado vuestra forma de vida, pero a mí, no me puedes obligar a nada!

Se vino hacia mí, me puso de espaldas contra la mesa y dejó caer su cuerpo encima del mío, abrió mis piernas con las suyas y sujetó mi cabeza con una mano, me metió dos dedos de la otra en mi interior.

Me entró un cabreo tremendo, de esos que te dan ganas de gritar, de pegarle un puñetazo y decirle cuatro cosas.

—¿Te gusta, Fiona? —preguntaba excitado, mientras movía sus dedos con fuerza en mi interior.

No le contesté.

Introdujo otro y comenzó a entrar y salir cada vez con más fuerza.

—¿Te gusta? ¡Contesta! —volvió a interpelar esta vez, más totalitario.

No le pensaba contestar.

Sacó sus dedos y volvió a penetrarme con fuerza, aguantando con una mano mi espalda y con otra mi cabeza, con sacudidas que me hacían sentir como si me estuviera partiendo en dos.

Sentí que Scott tenía rabia, deseos de poder, de control y eso me estaba haciendo sentir rara.

—¡Dime si te gusta! —Se aceleraba más.

Seguí manteniéndome en silencio durante el rato que estuvo así, hasta que unas lágrimas comenzaron a salir cuando noté que se empezó a correr y cayó encima de mí.

Se separó de mí y fue a sentarse a la cama, lo supe por el sonido del somier, me incorporé sin girarme y me quedé apoyada con mis manos en la mesa, de espaldas a él. Al final, iba a ser verdad lo que me contó Kelly, me lo estaba viendo venir...

Me giré y lo vi ahí sentado con el rostro triste, me empecé a vestir sin hablar.

—Me voy —dije una vez arreglada.

—Mañana te espero aquí —miraba al suelo.

—No lo sé —se levantó inmediatamente.

—Sí lo sabes —agarró mi mano, su tono era triste, me iba a volver loca.

—No lo sé... —Lo miré llorando.

—Fiona, te amo...

Esas palabras se me clavaron en el alma, pero no sabía si creerlo, aunque sonaban a verdad.

—Sabes que, en breve, me tengo que ir a Edimburgo —dije en tono serio, mirándolo y dejándole claro, que nada me haría cambiar.

—¿¡Sin importarte los sentimientos!?! —preguntó con rabia.

—Es por lo que he luchado...

—¿Todo está por encima del amor?

—¡Llevamos viéndonos solo dos días! —dije con enfadada.

—Llevo amándote mucho tiempo y tú a mí, no puedes negarlo.

—Muchos son los años que llevo luchando por terminar los estudios de medicina, me tuve que apartar de mi familia ¿Dónde dejo mis sueños?

—A mi lado —me agarró la cara y me besó.

—No, no me hagas esto —dije separándome y volvió a besarme.

—Te quiero a mi lado por siempre.

—Scott, pues deja todo y vente a Edimburgo —dije sin achantarme.

—Sabes que no puedo abandonar las tierras, no lo haré por nada del mundo.

—Claro —solté una carcajada —y yo si debo hacerlo, ¿no? —Me solté con rabia para salir.

Pero no pude, me agarró del brazo y me pegó a él, con fuerza, mirándome a la cara.

—No te voy a permitir que lo hagas, no te lo voy a permitir —dijo agarrando mi mano con fuerza.

—No vas a poder hacer nada por evitarlo —jalé fuerte para deshacerme de él y me fui corriendo, lo dejé allí con su rabia, con su control y su ira.

Llegué a mi casa y mi madre estaba en la cocina.

—Madre —besé su mejilla.

—Hija ¿De dónde vienes?

—Ya sabes, me gusta perderme y pasear por las tierras —mentí sonriendo.

—Llegó una carta para ti —se la sacó del bolsillo del delantal.

La leí y era mi incorporación en dos meses al Hospital de Edimburgo, sonreí feliz para fingir y madre lagrimeó orgullosa, nos abrazamos y me retiré a mi cuarto.

Me puse a llorar en los pies de la cama, tenía un montón de sentimientos encontrados que golpeaban mi cabeza y pensé que me volvería loca.

Lo amaba, siempre lo amé, para que me iba a mentir, pero no podía tirar mi vida por la borda y el comportamiento de Scott me había hecho sentir como un trapo, a la vez que como alguien que le importaba en su vida.

Estuve un rato allí mirando por la ventana, lo amaba, pero esta no era la vida que yo quería. Estuve llorando desconsolada, hasta que oí la voz de mi madre, diciendo que la cena estaba lista.

Me limpie la cara y salí sonriente como si no pasara nada.

Cené con ella, padre estaba en la taberna relajándose con otros hombres del lugar.

—Hija, detrás de esa sonrisa, noto tristeza ¿Te pasa algo?

—No, es melancolía, la vuelta aquí me supuso un cambio muy grande —le acaricié la mano por encima de la mesa—. No debes preocuparte.

—Está bien, me alegró mucho la carta.

—Y a mí —mentí en cierto modo.

—En nada serás una gran doctora en la ciudad.

—Eso espero...

La ayudé a recoger la mesa y limpié los platos, mirando por la ventana la casa de Scott, el alma se me había quedado partida en mil pedazos.

Dormí esa noche llorando y preguntándome si merecía la pena esos encuentros o, si, por el contrario, me atormentarían la vida. En el fondo solo sabía que lo amaba demasiado.

CAPÍTULO 4



Lanarkshire, Escocia, año 1980

Esa mañana veía tras los cristales a mucha gente hablando entre ellas, fui a la cocina y estaba madre.

—Buenos días, hija. Siéntate, tienes el café listo —besó mi mejilla.

—Madre, buenos días. Noto revuelo ahí fuera.

—Sí, hija, el Señor Duncan está muy grave, dicen que está en las últimas horas de vida.

En esos momentos sentí una extraña sensación, comenzaba a hacerme miles de preguntas que se agolpaban todas sobre mi cabeza.

—No me lo esperaba...

—Nadie se lo esperaba, pero por lo visto, es muy grave, a sido repentino. Es un hombre muy mayor y a todos nos llega la hora.

—Entiendo... —dije con tristeza.

—Le toca a su heredero coger las riendas de las tierras —se refería a Scott.

—Lo prepararon para ello, madre.

—Así es —suspiró.

Pasé la mañana ayudando a mi madre en la casa, mientras pensaba si aparecer o no por aquel refugio, sabía que Scott, podría no hacerlo por el tema de su padre, pero también sabía que se podía enfadar si acudía y yo, no aparecía. Por otro lado, le debía mostrar mi apoyo, por lo que le estaba sucediendo.

Me rompía la cabeza por minutos, mientras preparaba el pastel Dundee, que había prometido hacer a madre.

La hora de la comida la pasé sola, madre tuvo que ir a ayudar en unas cosas que le habían solicitado otras mujeres de las tierras.

Padre apareció un poco más tarde y le preparé la comida.

—No creo que Duncan dure mucho, se dice que está agonizando —su voz se sentía triste, padre era muy leal.

—Lo siento... —dije con tristeza.

—Todos los sentimos, la verdad es que, gracias a él, pudimos tener todos, un trabajo, una casa y una vida digna.

Eso era verdad, a pesar de vivir a años luz de lo que iba avanzando la sociedad, él había hecho mucho por todas las personas que vivían ahí, como su clan.

Tras recoger la cocina esperé un poco y vi a lo lejos a Scott, andando hasta el refugio, así que salí de la casa y me dirigí hacia allí.

Cuando entré estaba con la cara descompuesta, me acerqué y lo abracé.

—Lo siento —me abrazó con fuerza.

—Le está llegando el momento —las lágrimas no tararon en aparecer en su rostro.

—Es difícil —besé esas mejillas mojadas.

—Pensé que no vendrías —dijo con tristeza, pero volviendo a sonar autoritario.

—Hoy estoy aquí —dije dejando entrever, que no tenía que dar por hecho, que todos los días estuviera.

—Hoy y todos los días, te quiero aquí.

—Scott...

Puso sus labios en los míos y comenzó a besarme con ganas, con fuerza, como si quisiera tapar las palabras que pudiera decir, como no queriendo escuchar algo que, a él, no le apetecía ni mucho menos, aceptaba.

Se separó un poco y comenzó a desnudarme en silencio, cuando estuve completamente desnuda comenzó con su dedo a recorrer mi torso, el pecho la cintura y lo fue bajando hasta llegar a mi entrepierna, haciendo un gesto para que las abriera y metiendo sus dedos en mi interior mientras me miraba.

Gemí por aquella sensación que él, me causaba.

—Desnúdame —exigió, mirándome con esos ojos que penetraban mi alma, comencé a hacerlo. Lo hice sin dejar de mirarlo, mientras rozaba esa piel que me volvía loca, sus músculos, su cuerpo, me hacían ponerme a mil.

Cuando estuvo desnudo, me agarró y me echó sobre la cama y se colocó encima de mí, me penetró con todas sus fuerzas, agarrando mis senos y mirándome con deseo, pero con rabia. Sabía que quería tener el control de todo, sentía que no estaba dispuesto a perder aquello que estaba obteniendo de mí.

Termino de hacerlo y cayó sobre mi cuerpo, metiendo sus dedos sobre mi cabello y apretando con fuerza, mientras se reponía de ese intenso momento.

—Lávate y siéntate sobre la mesa —su voz era exigente y yo respiraba agonizante por el momento brutal que habíamos tenido.

Fui hacia una palangana que había a un lado con una jarra llena de agua y una toalla, me lavé y me senté sobre la mesa, tal y como me había dicho.

Miró mis pechos y con su mano me echó hacia atrás, levantó mis piernas y las colocó abierta apoyadas sobre el borde.

Metió su cabeza entre mis piernas y comenzó a lamer y mordisquear de una forma desmesurada, yo me contraí y elevé mi barriga, él presionaba con sus manos mis caderas para asegurarse de que no moviera mi zona íntima.

Grité del placer al llegar al orgasmo, luego me embistió con fuerza, de pie, mientras yo permanecía ahí tirada. Él sujetaba con fuerza mis piernas, embestía de forma insistente y fuerte. Volvió a caer sobre mí, tras soltar lo que tenía dentro de él.

—Debo irme —dijo ayudándome a levantarme.

—Lo entiendo... —Empezamos a vestirnos.

—Mañana te espero aquí —dijo con autoridad.

—Lo intentaré... —sonó a desafiante y me agarró la cara.

—Fiona, no me falles, no me hagas enloquecer —besó mis labios y salió de allí.

Yo me quedé un rato sobre la cama, aquel Scott, me causaba indignación, me daban ganas de hacerle entender que no iba a joderme la vida por la que yo había luchado. Lloré un rato sobre la cama y cuando me sentí mejor, me fui a mi casa, pero paré antes en la taberna, ya que, estaba allí Kelly.

—Vienes de estar con él, ¿verdad?

—Sí —mi tono sonó a tristeza.

—No sé si es bueno donde te estás metiendo, pero la cosa se está poniendo fea, dicen que acaba de fallecer, Duncan.

—Eso sonó fuerte —las lágrimas comenzaron a brotar sobre mi cara.

No tardó en escucharse esos rumores y Logan, la persona más cercana a Duncan y jefe de las tierras, salió a dar un comunicado, todos nos agolpamos delante de él. El señor, había fallecido.

Esa noche se le veló, fuimos pasando uno tras otro para despedirlo, su mujer y Scott, estaban sentado en dos sillas junto al cuerpo, me miró un segundo y apartó la vista. Vi el cuerpo de Duncan, lo despedí interiormente y me fui.

Aquello había sido el cambio a una nueva vida en las tierras altas, donde Scott, tomaría el control y se encargaría de todo.

CAPÍTULO 5



Lanarkshire, Escocia, año 1980

Aquella mañana era el entierro de Duncan, todo su clan estaba allí para despedirlo. Fue un momento intenso, lleno de dolor y de recuerdos que permanecerían en el corazón de todas las gentes que habitaban aquel lugar.

Ese día fue un ir y venir de momentos de dolor. No pensé en ir al refugio ya que Scott, estaba seguramente lidiando con ese drama familiar y apoyando a su madre.

A las ocho de la tarde, se mandó reunir a todos los que vivíamos en aquel lugar, apareció Logan y presentó a Scott, como el nuevo jefe de las tierras.

Ví que me miró a lo lejos y su mirada denotaba dolor, pero también me dio la sensación de ser recriminatoria. No entendía el por qué, de su actitud, pero aquello, me estaba dejando un poco perdida.

Esa noche me acosté con la cabeza a mil. Por un lado, tenía ganas de irme ya a Edimburgo y olvidarme de esa locura que había aparecido en mi vida y por otro, lo deseaba como a nadie en este mundo.

La mañana la pasé sola, madre estaba en la casa de los señores ayudando, se iba intercambiando con las mujeres, para ayudar a las fijas que residían en ella.

Desayuné y comí sola, más tarde fui al refugio, imaginaba que ese día iba a estar Scott.

Entré y ahí estaba, con el gesto contraído y cara de pocos amigos.

—Siento lo de tu padre...

—No viniste ayer —sus palabras me dejaron perpleja.

—Pensé que...

—No pienses en nada, te dije que tendrías consecuencias.

—¿De qué consecuencias me hablas? —pregunté enfadada.

—Desnúdate y deja caer medio cuerpo sobre la mesa —exigió cogiendo una correa.

—Scott, a mí, no me vas a azotar, eso ni te lo pienses... —mi tono sonó seguro y con firmeza.

—Desnúdate...

—Scott, no se te ocurra...

—No hagas que sea yo, quien te desnude...

—Si me pones un dedo encima con esa correa, no vendré más, me iré de aquí.

—Te arrepentirás entonces de las consecuencias.

—No me voy a poner ahí.

Jaló de mí y con su fuerza me puso contra la mesa, levantó la falda y me dejó con mis partes desnuda ante él, no quería ni pensar que fuera capaz, respiraba aceleradamente, sentí como se desabrochaba el pantalón y me embestía con furia.

Un latigazo en mi culo a la vez que me penetraba, grité sin creerlo, volvió a hacerlo, por cada penetración un golpe que me hacía llorar de rabia, de dolor, no me podía creer lo que estaba pasando.

Cuando terminó tiró a un lado la correa y me giró apoyándome en la mesa.

—No me vuelvas a fallar, no lo quiero volver a hacer.

Aquellas palabras me dejaron sin aliento, pero no lo podía permitir, los tiempos habían cambiado, las cosas no eran como él pensaba y yo no quería vivir de esa manera, por mucho que lo amara.

—¡No volveré a venir! —dije con rabia.

—Si no lo haces, las consecuencias serán nefastas —en ese momento comprendí, que lo que me había contado Kelly, era totalmente cierto.

—¡No me vuelvas a poner una mano encima! —dije con rabia y me agarró por la muñeca.

—Me debes lealtad y respeto. Desnúdate —exigió de nuevo.

Las lágrimas comenzaron a brotar por mis mejillas y me fui desnudando mientras lo miraba con rencor, hasta diría que, en esos momentos, con odio.

Apreté mis pechos con las dos manos cuando quedaron al descubierto, luego me quité la falda y me quedé ahí, mirándolo mientras lloraba, desnuda ante él, ante aquella persona que amaba y que ahora, odiaba por igual, al menos era lo que sentía en ese instante.

Me miraba gesto de enfado, parecía que no podía aguantar el simple hecho de que yo no quisiera estar a sus pies y hacer las cosas a su manera, esa que comenzaba a hacerme daño.

Me penetró de frente, mirándome a los ojos, luego me cogió en brazos con esa fuerza que poseía y comenzó a embestirme de forma desmesurada, como lo estaba empezado a hacer últimamente.

—Mañana vas a venir... —decía con esos gemidos que salían por su boca.

Si no le contestaba, me daba más duro.

—¡No me hagas enfurecer más!

En aquellos momentos quería agarrar algo y partírselo en la cabeza, pero sabía que sería peor todavía, solo pensaba en la opción de escapar de las tierras y dar carpetazo a algo que nunca debió suceder.

Se sentó cuando culminó, conmigo encima, lo miré con dolor e ira, me llevaban los demonios, no podía creer que estuviera a su merced y que él, pensara que podía cambiar mi vida como le diese la gana.

Me besó de nuevo con fuerza, con ganas, y aquello me desestabilizaba, apretaba mis senos como si mi cuerpo le perteneciera y tuviera que desgarrarlos.

Se levantó y comenzamos a vestirnos.

—Mañana no quiero que esto sea así, ¡que no se te ocurra no venir! —dijo señalándome con su dedo y saliendo de aquel refugio que se estaba convirtiendo en mi cárcel.

Esa noche lloré como nunca, ni siquiera salí a cenar, le dije a madre que me encontraba mal y pasé la noche en aquel cuarto, sola, llorando, sin consuelo, con miedo. Era lo que sentía, miedo...

CAPÍTULO 6



Lanarkshire, Escocia, año 1980

Dos golpes en mi puerta me despertaron aquella mañana.

—Hija, vino Logan, te requiere en la casa el Señor Scott —mi corazón dio un vuelco.

— Ya voy madre —me comencé a vestir, no sabía el por qué me hacía llamar, pero yo ya de él me esperaba cualquier cosa.

Me estaba planteando irme antes de lo previsto, me dolían mis nalgas, las había azotado desmesuradamente ¿Qué clase de amor era ese?

Salí hacia la cocina y besé a madre, me tomé un café de forma rápida.

—Voy, luego nos vemos.

—Lo mismo te requieren para algún servicio, sabes que mientras estés aquí, te debes a ellos —dijo recordándome lo que significaba la palabra de ellos sobre todos los que habitábamos aquí.

—Claro —sonreí para no preocuparla.

Salí hacia afuera y al llegar a la casa estaba en la puerta Logan, me hizo señas para que lo acompañara y lo seguí hasta la planta alta de ese inmenso castillo, donde por dentro había mucha oscuridad.

Llamó a la puerta y la voz de Scott dijo que adelante.

—Pase —me señaló con la mano para que entrara, abriendo la puerta.

Pasé y Logan cerró la puerta marchándose.

Miré a Scott que estaba apoyado sobre el borde de la ventana, de lado, con las manos en su pierna y mirándome fijamente, yo me quedé inmóvil a la entrada.

—Aquí me tienes ¿qué puedo hacer por usted? —pregunté con seriedad.

—Ahora me hablas de usted...

—Eres el jefe —no gesticulé ni lo más mínimo, permanecía sería, en medio de esa habitación imponente.

—Claro —dijo en tono pausado y seguro —Ven hasta aquí.

Cogí aire y me acerqué a él, me un gesto para que me diera la vuelta, él seguía ahí sentado.

Levantó mi falda sin mediar palabra y comenzó a tocar con sus dedos mi nalga azotada.

—¿Te duele?

—No creo que eso sea importante.

—¿Te duele? —esta vez su tono era más grave.

—Me duele —mi tono sonó a enfado.

—No me gusta hacerlo, pero lo haré cada vez que sea necesario, así que por favor te pido de que me respetes y acates mis ordenes —no se si me dolía más su tono de voz firme o la sensación horrible de pasar por eso.

Y lo peor de todo es que lo amaba, no contesté a su último comentario.

Noté como quitaba la cremallera de atrás de mi falda y la dejó caer sobre el suelo.

Mi piel se erizó rápidamente, eran muchas emociones encontradas, desde amor pasando por decepción, rabia, dolor...

—Hoy vas a pasar el día aquí —dijo metiendo su mano entre mis nalgas.

Cerré los ojos y dudé si contestarle o no, pero me decanté por permanecer en silencio.

Sus dedos se posaron en la entrada de mi ano, no me lo esperaba, cogí aire y lo solté, no llegó a meter su dedo, pero hizo un leve intento, sacó su mano y apretó mis nalgas, podía sentir el calor de la azotada, la incomodes de ese roce.

Se pegó a mí y con sus manos en mi pecho comenzó a desabrochar mi camisa y la quitó, luego la camiseta a modo sujetador que llevaba, me dejó de espaldas, desnuda, sabiendo que quedaba desnuda ante la merced de él.

—Me encanta mirar tu cuerpo —decía a mi espalda con esa voz que me ponía de lo más nerviosa.

—Te gusta mirar aquello que intentas controlar —soné a rabia.

—¿Intento? —preguntó desafiante.

— Dime que quieres de mí —dije respirando aceleradamente.

—De ti tengo aquí y ahora todo lo que quiero —su mano se colocó en mi entrepierna y medio uno de sus dedos en mi interior, lo movió un poco —veo que te produzco placer —se refería a que me notaba húmeda y era la realidad, lo notaba, pese a todo el dolor que causaba en mí, seguía provocando el contacto con él mi excitación.

Me mordí el labio, le hubiera contestado, pero no quería, ya me había dejado claro que pasaría el día ahí, así que, lo único que me quedaba era aguantar que fuera lo más tranquilo posible.

Su respiración podía sentirla en mi cuello, estaba cerca de mí, me ponía nerviosa su silencio.

Se pegó más y puso una mano debajo de mi vientre, la fue bajando hasta meterla en mi parte, pegado a mí, noté como se agachó para entrarlos bien y metió sus dedos hasta el fondo, salía y entraba con fuerzas, con su otra mano me sujetaba por el pecho, mientras apretaba y mordía mi cuello.

Parecía que me iba a levantar del suelo, por algunos momentos lo conseguía, tenía una fuerza brutal...

—Échate sobre la cama boca abajo y levanta todo lo que puedas las caderas —exigió.

Cogí aire y anduve lentamente a la cama, me tumbé con las rodillas reclinadas, levanté mis caderas y me quedé abierta ante él, mi cabeza apoyada sobre mis manos unidas.

No notaba que se moviera, escuché echarse algo en un vaso, dio un trago y soltó un sonido de como si estuviera fuerte, me vino olor a Whisky.

No parecía tener prisa, me daba la sensación de que solo quería contemplarme, estaba sintiendo que era algo como una atracción para él, el observar y verme ahí expuesta.

—Fiona, tumbate hacia arriba, reclina las piernas y vuelve a abrirte para mí —me giré y lo vi sentado en ese borde de la ventana, mirando con ojos de deseos y de sentir el control, ese que tanto le gustaba.

Lo hice, a pasar de sentir un dolor en mis entrañas, a pesar de saber que yo no había luchado para verme así, a pesar de estar enamorada del hombre equivocado.

—Tócate —dijo en tono sereno —No dejes de hacerlo hasta correrte, hasta que tu cuerpo caiga desfallecido.

Cerré los ojos y puse mi mano en mis partes, me comencé a tocar en círculos la parte más sensible, lo escuché acercarse y se sentó entre mis piernas, me metió sus dedos en mi vagina mientras yo seguía en la parte superior encontrando la excitación.

Sus dedos entraban y salían con fuerza, con su otra mano apretaba sin medida mis pezones, causándome dolor, a la vez que el placer embargaba mi cuerpo.

Hasta que llegué, me abrió con fuerza y comenzó a succionar mi zona, a lamer aquel jugo producido por el placer.

—Scott... —dije casi sin respiración, pero no me hizo ni caso, seguía con fuerza, lamiéndolo, mordiendo, succionando...

Caí desfallecida en la cama, respirando de forma agitada, se desnudó y se tiró a mi lado, se ladeó para quedar con medio cuerpo encima de mí.

—¿Bien? —preguntó en tono serio.

—Sí... —dije mirando hacia abajo y me levantó la cara con su mano.

Comenzó a acariciar mi cuerpo, detenidamente, sobre todo, cuando su mano se posaba en mi seno y lo apretaba con fuerza, causándome un gran dolor.

Me echó hacia él y se sentó, poniéndome encima, se introdujo en mi interior y me embistió como un animal, de esa manera comenzó a manejar me con sus manos para subir y bajar al ritmo de aquel miembro que estaba a punto de reventar.

Me agarré a su cuello y comencé a botar, a su ritmo, ante nuestros gemidos desgarradores, sudando cuerpo con cuerpo, mirándonos sin hablar, el mismo idioma, pues, aunque lo amaba, no podía ni quería entenderlo.

Cuando terminamos se dejó caer junto a mí, me atrajo hasta su pecho y permanecimos en silencio un buen rato.

—Hazlo —dijo un rato después, sabía que se refería a que me lo metiera en la boca y llevara su miembro a lo más alto.

Lo miré sin decir nada y bajé para hacer lo que me había pedido, él abrió mis piernas y metió sus dedos dentro mí, cuando comencé a lamer su miembro.

Parecía que me iba a desgarrar, me hacía ir a más velocidad, sus dedos incitaban a eso. Él, soltaba gemidos a la vez que descargaba la furia con sus dedos. Cuando terminó se levantó para lavarse y yo, me quedé inmóvil, esperando sus órdenes.

Vi cómo se vestía.

—Ahora vuelvo, no te muevas de aquí —me señaló.

¿Dónde me había metido? ¿Por qué consentía esto? Porque lo amaba. Disfrutaba del sexo con él, cuando no me producía dolor, no con ese semblante serio, autoritario y lleno de ira. Se ponía como una fiera enjaulada, si no acataba las cosas como él decía. En esos momentos, parecía otra persona, no el Scott que yo conocía desde pequeña. Debía poner freno a esto, esta relación se estaba convirtiendo en algo tóxico y tenía la certeza de que, tarde o temprano, esto, tendría consecuencias...

Volvió con dos sándwiches y me ofreció uno.

—¿Puedo levantarme? —pregunté para poder comer de pie.

—Claro, ven... —Se apoyó en la ventana y fui hasta él.

Me recostó sobre él de espaldas y nos comimos los sándwiches en silencio, mirando hacia fuera, con su otra mano debajo de mi barriga.

—Estas son mis tierras, las que me gustaría que amaras de la misma manera que lo hago yo —dijo mirando por la ventana, yo, ni siquiera contesté.

¿Para qué, iba a hacerlo? Aquello era su vida, no la mía.

—Me lo estás poniendo difícil, Fiona —su tono era de decepción.

Tampoco contesté, todo lo que dijese lo podría utilizar en mi contra, no me gustaba nada en el Scott, que se convertía cuando no estaba a su merced.

Terminamos los sándwiches y me colocó entre sus piernas, seguía de espalda y comenzó a tocar mi cuerpo con tranquilidad, me pellizcaba los pezones, parecía que nunca se saciaba y yo, ya estaba, agotada, física y psicológicamente.

— Quiero que te quedes aquí a vivir —dijo de forma inesperada y provocando en mí, desconcierto.

—Sabes que no puedo, Scott... —Me giré y lo miré firmemente —Sabes que no.

—Sí puedes —su tono era seguro y firme.

—Scott, no puedo hacer eso a mis padres, se han sacrificado mucho para que yo, estudiara y ahora no voy a fallarles, además, ya me ha llegado la carta con la fecha en la que debo presentarme en el Hospital de Edimburgo y no puedo quedarme aquí —dije comenzando a resbalar alguna lágrima de rabia, por mi cara, pues estaba viendo que me lo iba a poner muy difícil, para marcharme de aquellas tierras.

Metió la mano en el hueco de mi cuello y me besó con fuerza, mientras yo lloraba desesperada por el dolor que me causaba la decisión que él, parecía tener tomada, pero que yo, no estaba dispuesta a asumir.

Luego me giró contra la ventana y me penetró.

—Mira, mira por la ventana, es nuestra vida, nuestras tierras, ¡te debes a ellas! —espetó, mientras me embestía con fuerza.

Lloré, de manera desconsolada, era dolor, dolor por estar ahí, de esa forma, después de lo luchado los últimos tiempos. Después de conseguir mi sueño y el de mis padres...

—Dime que te quieres quedar —dijo casi sin respiración agarrado a mí, con ímpetu después del acto.

Mi silencio le hizo salir de mí y me giró.

—¡Vístete y vete, si quieres seguir como íbamos, lo haremos, nos vemos en el refugio todos los días, después de comer y no me falles, no se te ocurra hacerlo! —Su voz, ordenaba con rabia e impotencia, como queriéndome hacer sentir mal, o que reaccionara.

Me vestí, lo miré y fui a salir, pero antes de traspasar la puerta, volvió a hablar...

—Mañana te espero allí, que no se te olvide.

Salí de la casa como alma que lleva el diablo, me fui a la taberna y me pedí un licor, me lo bebí de un trago, me sentía hundida, como si mi mundo se hubiera venido abajo.

Debía escapar de aquel lugar, irme a Edimburgo cuanto antes, tenía que buscar la excusa para hacerlo y salir de allí cuanto antes. Sentí que aquello, se estaba volviendo peligroso, empecé a tener miedo...

Ese día me refugié toda la tarde en mi cuarto, madre, me trajo leche con miel, le hice creer que estaba con la garganta tocada.

Lloré y pensé, pero en el fondo, lo amaba ¿Qué me estaba pasando? Creí que me iba a volver loca, no podía dormir ni dos horas seguidas, me desvelaba y volvía a llorar. Sabía que mi vida había dado un giro inesperado que debía separar los sueños de la realidad, esa a la que no era capaz de enfrentarme.

CAPÍTULO 7



Lanarkshire, Escocia, año 1980

Esta mañana me levanté con una decisión tomada, iba a volver loco a Scott, me iba a encargar de hacerlo de la forma más sutil y premeditada que jamás hubiese hecho en mi vida. Luego, ya vería cuando y como, me iría de las tierras.

Salí a desayunar con Kelly, había quedado con ella, así que me dirigí a su casa.

—Hola, Fiona —sonrió y me señaló la mesita que había en un rincón de la cocina—. Ahora mismo pongo el desayuno.

—Estoy hambrienta —suspiré.

—Estás viéndote con Scott, ¿verdad? —su pregunta fue directa.

—Está todo bien, tranquila.

—Son los rumores lo que me preocupa...

—Es su cabeza, está sumergido en una época que no le corresponde, además, estas tierras son el claro ejemplo de ello.

—Es a lo que lo acostumbraron y nosotros, ya estamos acostumbrado a esta vida, lo que no quiero es que tú, lo pases mal.

—Tranquila, yo estoy hecha de otra pasta.

No le sonó convincente, su expresión no era de estar tranquila y tenía razón, con Scott no era para estarlo.

Más tarde, volví a casa a ayudar a madre, intentaba quitarle todo el trabajo que podía de encima, así se quedaba más aliviada por la tarde y se sumergía leyendo algunas novelas que le había traído de Edimburgo.

Después de comer me fui hacia el refugio, estaba deseando comprobar su cara, que, desde luego, cada vez iba a peor y me asustaba, pero lo amaba. Sé que era contradictorio, pero tenía que ganarme su confianza para idear un plan perfecto.

Me quedé sin aliento cuando al entrar, observé que, sobre su mano, tenía enrollado su cinturón. Mis piernas empezaron a temblar y mi corazón a martillar mi pecho ¿A que venía eso, ahora?

—Hola —dije temblorosa al verlo de esa forma, apoyado sobre la mesa.

—Hola, Fiona —me miró fijamente.

—¿Qué tal estas? —Intenté no liarla y ver por donde salían los tiros.

—Bueno, un poco decepcionado con tu actitud de ayer, pensé que te gustaría quedarte allí conmigo, pero veo que aún no has aprendido.

—Tienes razón, me debí quedar —le eché las manos por los hombros y lo besé.

—Sabes que hoy tendrás un castigo...

—Lo que hagas lo acataré —mentí, queriendo darle un puñetazo, que le partiera la nariz.

—Me gusta que empieces a entender las cosas —me mordió el labio —¿Me lo vas a poner fácil?

—Claro.

—Va a ser duro...

Eso me dejó sin respiración.

—Tendré que soportarlo... —dije con tristeza.

—Vete desnudando —señaló mi ropa.

—De acuerdo...

Me desnudé lentamente, me maldecía por estar ahí, pero me lo iba a llevar a mi terreno, poco a poco, pero lo conseguiría.

Quedé sin nada frente a él, que me miraba sosteniendo la correa sobre la mano.

Se quedó inmóvil mirándome, de arriba abajo, respiraba excitado, como si no supiera por dónde empezar, como si estuviese estudiando la situación.

Puso la correa sobre la mesa y agarró mis senos, emitiendo un leve gemido de excitación.

Me dio la vuelta y me dejó caer sobre la mesa, contuve el aire, mis piernas estaban sobre el suelo y él, las abrió con las suyas.

Abrió un pequeño tarro de aluminio con una especie de crema casera, lo puso al lado de mi cara, cogió un poco con sus dedos y lo llevó a mi ano.

—Te va a doler un poco —metió uno de sus dedos por detrás y chillé, pensé que aquello no lo aguantaría.

—¿Quieres que te de algo para morder? —Movié su dedo en mi interior y luego lo sacó.

—No... —dije sin fuerzas.

Vi como cogía más, pero esta vez con dos dedos.

—Scott... —mi voz sonaba asustada.

—Fiona —sonó autoritario —, no me lo pongas difícil.

Apreté mis dientes con todas mis fuerzas y esos dos dedos entraron en mi interior. Pensé que me iban a romper por dentro. Unas lágrimas de dolor comenzaron a asomar, sabía que no sería delicado y me iba a destrozar...

Grité y me moví, pero me inmovilizó rápidamente con su otro brazo.

Lo movía en mi interior y yo rezaba para que tardara poco, poco a poco me fui relajando, me costó, pero iba aguantando como restregaba esos dedos por el interior de mi trasero.

Los sacó, sintiendo algo de alivio y vi cómo comenzaba a desnudarse, me puse a temblar, me estaba imaginando como iba a ser ese momento. Mi corazón era un caballo al galope esperando la brutal embestida. Era su forma de castigarme por lo de ayer. Me sujeté fuerte a la mesa y lo sentí en mi entrada. De pronto, entró de una estocada. Comencé a gritar y a pedirle que, por favor, parase, pero no me hizo caso. Sus jadeos eran descomunales, disfrutaba haciéndome daño.

Sujetaba mis caderas contra la mesa mientras empezó a bombear como un poseso y a moverse sin importarle el inmenso dolor que yo, estaba sintiendo en ese momento.

Aquello punzaba y mucho, pero aparte del dolor físico, era más, el dolor de que no entendiera que así no se hacían las cosas. Siguió entrando y saliendo de mí, agarrándose a mi pelo, dándome azotes con todas sus ganas, cuanto más lo hacía, más se excitaba. Siguió y siguió, pero aguanté, aguanté hasta que se corrió dentro de mí. Después de unos segundos, cuando sacó su miembro, las piernas no me aguantaron y caí al suelo, casi desmayada.

—Vamos Fiona, lo has hecho muy bien —me levantó y llevó hasta la cama —. Descansa un poco, ahora te alivio.

¿¡Ahora me aliviaba!? ¿¡Estaba bien de la cabeza!? ¡¡Era un monstruo!! Mil preguntas azotaron mi cabeza, mientras estaba tumbada boca abajo en la cama con un dolor horrible, que no desaparecería en días.

Se lavó con parsimonia, luego, se acercó a la cama con un paño y abrió mis glúteos, produciéndome un quejido de dolor, para limpiar el semen que salía de mi interior. Soltó el paño a un lado, me tomó por las caderas y me puso a cuatro patas, supuse que, para limpiarme mejor, pero esparció su semen por mi agujero, con sus dedos y me penetro otra vez.

—¡¡Ahhh!! ¡¡Por favor, nooo!!

—Sí, me vuelves loco, Fiona. Debes aprender a no llevarme la contraria.

Mi cuerpo estaba desmadejado, no había una porción de él, que no doliera. No sentía placer, ya no sentía más que dolor y pena. Mis brazos no me sostuvieron más y caí sobre ese sucio colchón. Él, siguió sujetando mis caderas en alto y follándome sin parar, disfrutaba así, teniéndome rendida y casi esclavizada. Me dio varias embestidas más y se corrió volviéndose a vaciar dentro de mí.

—Me duele... —dije sin fuerzas cuando me abrió las piernas, no quería que me tocara.

—Ya te calmo—ahora sí cogió ese paño, me limpio por detrás y me puso una especie de ungüento.

—¡Ahhh! —dije en tono flojo.

—No me cierres las piernas, te estoy aliviando —hablaba como si fuese mi salvador, ignorando que era él, quien me provocaba todo aquello.

Dejé que me la pusiera y luego se tumbó a mi lado y me recostó sobre él.

—¿Mejor?

—Sí... —mentí, aguantando las punzadas, el dolor del corazón era mucho más latente.

—Fiona, deberías disfrutar a mi lado y sentirte afortunada —no podía creer lo que estaba

diciendo, a lo que llegaba su mente.

—Lo estoy, aunque a veces me cueste, pero lo estoy, soy feliz a tu lado —mentía como una bellaca pues, aunque lo amaba, no era feliz de esa forma.

Nos quedamos abrazados y tumbados un buen rato, mi miedo era que usara más tarde la correa, aún me dolían las nalgas de la vez anterior y si encima le añadíamos esto, era insoportable volver a recibir de nuevo unos azotes, así que supliqué para mis adentros, que no volviera a suceder.

Un rato después, acercó su cara a mi zona íntima.

—Ábrete, Fiona—dijo volviendo a la carga.

—Ábrete más —soltó sin importarle lo dolida que estaba, pero me abrí. Comenzó a lamerle y succionarme, a jugar con su lengua en mi parte más frágil. Sin quererlo, comencé a excitarme hasta llegar al orgasmo, él succionaba el orgasmo de mi interior.

Tras eso, me penetró, esta vez por delante, el dolor no cesaba y sentía que iba a reventar, ya que, al estar boca arriba, y él sobre mí, mi trasero estaba sufriendo todo el peso.

Lo amaba, no podía engañarme a mí, misma, cuando me lo hacía dulcemente, se me paraba el mundo, pero luego se convertía en un monstruo que era difícil de domar, pero yo lo iba a conseguir...

Estuvimos abrazados un buen rato, él no era capaz de asumir que, todo en su vida, lo estaba haciendo, que ya habíamos avanzado y no podía pretender seguir con un poder que no le correspondía. La época en la que eso era así, ya había pasado y él, se había quedado anclado en una historia que no pertenecía a los tiempos que vivíamos en estos momentos.

—Nos tenemos que ir —dijo un rato después.

Comenzamos a vestirnos y respiré aliviada al comprobar que no me iba a azotar.

Salí de allí y me dolía mucho, aquello me había traspasado todo, me había destrozado de una forma brutal, me dolía el simple hecho de sentarme en una silla.

Esa tarde la pasé todo el tiempo de pie, charlando con unas chicas de las tierras, hablaban sobre la muerte de Duncan y el cambio que ahora sufriría todo aquello.

Unos gritos desgarradores vinieron de la casa de los MacGuffey, nos acercamos todas y una de las sirvientas gritaba entre sollozos.

—¡La señora se mató, la señora se mató! —dijo refiriéndose a la madre de Scott.

Contuve el aire, no me lo podía creer ¿Qué habría pasado?

Se supo más tarde, que se había suicidado, no aguanta vivir sin la presencia de su marido, estaba muerta en vida y decidió irse con él.

Esa noche la velaron y por la mañana fue el entierro. Scott estaba destrozado, no lloraba, pero tenía el rostro desencajado.

Ese día me encontraba con el dilema de si ir o no, al refugio, no sabía qué hacer, pero me encontré a Scott por las tierras, después del entierro.

—Lo siento... —dije con tristeza.

—Gracias —su rostro era serio y lleno de dolor, en su mirada se reflejaba la desolación.

—Hoy tengo que hacer cosas, pero mañana por la mañana te espero en la casa, para desayunar.

—Vale, allí estaré.

Me aparté y respiré en parte aliviada, aunque, por otro lado, me hubiera gustado abrazarlo, transmitirle mis condolencias de forma más afectiva, pero con Scott, todo eso parecía improbable.

En las tierras se notaba un ambiente raro, la gente cuchicheaba por todas las esquinas acerca de cómo llevaría todo aquello, el heredero Scott, pues todo el mundo estaba acostumbrado a sus padres, quienes habían sido leales, pero ahora no sabía cómo cambiaría el hecho de que él, tomara al cien por cien las riendas de aquel lugar.

Aun me dolía el cuerpo del día anterior, sentarme e incluso andar, aunque me dolía más el hecho de que él, no supiera comportarse como un caballero, adecuado a la nueva época en la que vivíamos.

CAPÍTULO 8



Lanarkshire, Escocia, año 1980

Me faltaba el aire, me resignaba a vivir a merced del jefe de las tierras, ahora Scott, con todo lo que conllevaba.

Madre me dio un beso y un café, se le notaba preocupada, sabía que era por mí, pero ella no quería hacer preguntas. En el fondo le aterraba que yo estuviera sumida en algo que se cargara todo mi esfuerzo, pero al igual que Kelly, intuía que ella sabía más de lo que decía.

Me dirigí hacia la casa de Scott y Logan, al verme me llevó hasta su habitación.

—Hola —dije al entrar.

—Hola, siéntate —sobre la mesa había un café y algo de fruta.

—¿Qué tal estás? —pregunté.

—Bueno, tomando conciencia de lo sucedido y de la responsabilidad que ahora recae sobre mí.

—Una responsabilidad por la que te habían preparado —intenté animarlo.

—Nadie está preparado para ver irse los pilares fundamentales de nuestras vidas.

—Eso es cierto...

—Quiero que te vengas a vivir aquí —dijo sin levantar la mirada de la mesa.

Esa frase me tambaleó por completo, quería pegarle, gritarle, pero sabía que no era la forma, al menos por ahora, pues tenía que conseguir llevarlo al terreno que yo había decidido. Hacerlo cambiar, o cogerlo desprevenido para yo hacer lo que quería.

—Estoy esperando que me contestes —me sacó de mis pensamientos.

—Tendré que hablar con mis padres...

—Lo haremos públicamente y tendrán que aceptarlo, se deben a mí —lo dijo de tal modo, que le hubiese partido la cabeza y me hubiera quedado plácidamente mirando, cómo se desangraba —He dicho a Logan, que congrege a todo el mundo delante de la casa en dos horas...

Un nerviosismo recorrió todo mi cuerpo.

—Déjame antes, hablar con madre y padre antes, por favor —le imploré.

—Está bien, te doy una hora, aprovecha para ponerte lo mejor que tengas para la presentación.

Bebí mi café rápidamente y pedí permiso para salir, fui a buscarlos y los llevé a la casa, les expliqué que me había enamorado. Les dije que no sufrieran ni se preocuparan por mi carrera, pues sabía que iba a poder llevarlo todo de igual manera y yo me encargaría de todo.

—Sabía que esto pasaría —dijo mi madre, entre emocionada, triste y mil sensaciones más, por las preguntas que se estaría haciendo en su cabeza.

Mi padre permaneció en silencio, sabía que le aterraba en cierto modo, mi vida al lado del jefe de las tierras.

Me cambié, me preparé y volví a la casa.

Aquello me estaba sobrepasando, pero sabía que yo podría con ello, me sentía fuerte y capaz de cambiar a ese hombre que parecía tan difícil de domar.

—Estás muy guapa —dijo al verme —¿Qué tal tus padres?

—Bien, asombrados, pero bien —mentí de algún modo.

—Aún faltan cincuenta minutos, el doctor de la casa viene para ver cómo tienes eso, por lo que pasó ayer, no quiero correr ningún riesgo —dijo ante mi asombro.

—No hace falta, estoy mucho mejor —dije conteniendo el aire.

—Échate sobre la cama, deja toda la zona al aire, ya viene subiendo —dijo mirando por la ventana.

Hice lo que me había pedido, pero con rabia, sabía que no era necesario y si tanto le preocupaba, ¿qué no lo hubiera hecho!

Entró el doctor después de tocar la puerta y que Scott, le diera permiso.

—Buenas tardes —puso el maletín sobre la mesa y sacó unos guantes, se los puso y se acercó a mí.

Puso su dedo en mi ano y lo movió con cuidado, luego fue a su maletín y se untó una pomada, me la extendió por toda la zona y metió una poca con el dedo hacia dentro, yo di un respingo y tocó mi pierna para que me relajara.

—Bien, está bien, pero debe ponerse esta crema, dos veces al día —le dio la pomada a Scott.

Volvió a mí e introdujo dos de sus dedos en mi vagina, palpó un poco y jaló hacia él.

—Perfecto, está todo perfecto —dijo quitándose los guantes después de la exploración.

Scott lo acompañó hasta la puerta, le dio la mano y se marchó.

—Me quedo más tranquilo —dijo como si a él, le importara...

Me incorporé y me puse de pie.

—Quiero que seamos felices, que no nos hagamos daño —lo miré a los ojos con tristeza.

—Entrégate como una buena mujer y no sucederán cosas que no quieras.

—Lo haré —mentí por no poner la situación tensa.

—¿Mas aliviada? —Se sirvió un poco de Whisky en el vaso y dio un trago.

—Sí...

Se acercó a mí y me levantó la falda, comenzó a tocar mis partes y con la otra mano mi pecho.

Me llevó al borde de la ventana y me dejó caer en él, subió mi falda hasta la cintura y me penetró con fuerza por delante.

Se agarraba a mis nalgas de forma desmesurada, disfrutaba perdiendo el control sobre mi cuerpo.

Estuvo embistiéndome, hasta que se corrió, llegó a su ansiado orgasmo y luego me ordenó que me

lavara.

Salimos cuando todo los de la tierra estaban frente a la casa, me presentó ante ellos como su futura esposa, todos aplaudieron emocionados, la cara de mis padres eran un poema, no podían disimular sus miedos.

Fui a la cocina y me puse a hablar con Megan, la chica que estaba ahí siempre. Me felicitó diciéndome que estaba a mi entera disposición.

Un rato después apareció Scott, me ordenó que fuera a mi casa para traer mi ropa y objetos personales, eso hice.

Madre lloraba abrazada a mí y haciéndome jurar, que no tiraría por la borda todo mi sacrificio y esfuerzo, se lo prometí.

Llegué a la casa y coloqué todo en la habitación, ya era de noche, más tarde apareció él y me desnudó de nuevo. Era insaciable, estaba todo el tiempo deseoso de sexo, a mí, me estaba agotando, pues no daba tiempo a recuperarme de tanto dolor.

Luego nos acostamos abrazos, me recostó sobre su pecho y nos quedamos dormidos, en aquella, nuestra primera noche juntos.

CAPÍTULO 9



Lanarkshire, Escocia, año 1980

No estaba a mi lado cuando me desperté, en el fondo respiré aliviada, la verdad es que me desgastaba esa situación, lo amaba, sabía que lo amaba, pero no cuando actuaba de esa forma y con esa agresividad.

Me vestí y bajé a la cocina, Megan me recibió sonriente, me dio un café y me lo tomé ahí.

—¿Bien tu primera noche?

—Sí, gracias —sonreí.

—Nada más me tienes que decir que gustas y yo intentaré servirte lo mejor que pueda.

—Gracias, Megan, así lo haré.

—La casa está rara desde que no están los señores, fue un golpe muy duro, primero él y luego ella —dijo con tristeza.

—Está vacía, es lo que imagino que notarás —mi tono se entristeció.

—Así es —suspiró.

—Poco a poco... —La miré con tristeza.

—Cuidate —dijo antes de que me fuera y eso me hizo coger el aire.

¿Me estaba dando algún mensaje? ¿Me estaba diciendo algo?

Salí de la casa y fui a ver a madre, estaba preparando la comida, se puso muy feliz al verme, me dio un abrazo y comenzó a sollozar.

—Hija... ¿Estás feliz?

—Claro, madre, ¿cómo no?

—No sé, te veía todos tus planes y ahora...

—Me enamoré —sonreí intentando que viera que estaba bien.

—Ojalá lo tengas todo claro y seas feliz, hija.

—No te preocupes, todo está bien —intenté cortar el tema.

—Padre está triste.

—Madre, debes transmitirle, que todo está bien.

—Ya, pero no nos lo esperábamos —asintió con pena.

La abracé y me despedí de ella, volví a la casa un rato después y fui a la habitación a ver si estaba Scott.

— ¿Dónde has ido? —preguntó con la correa en la mano, sentado en el poyete de aquella ventana.

—Scott, no, ¿eh? —le advertí —Estuve con madre, un rato.

—Debiste decírmelo —su cara era de rabia y yo, parada en medio de la habitación, empecé a respirar con temor.

—¿Tengo que pedirte permiso para ver a mis padres que viven a trescientos metros de la casa? Por favor...

—Ven y ponte sobre la ventana.

—¡Scott, no, hoy no! —dije con rabia, negando con la cabeza.

—No quiero tener que ir yo...

—¡No me amenes! ¿En serio crees que eres más varonil y respetable por azotar una mujer? ¿Te crees más que yo?

Me puse junto a la mesa que había a un lado, tenía claro que como se acercara, le partía el jarrón en la cabeza. Hoy no me daría ningún azote porque antes, le abriría la cabeza.

—No me vuelvas a decir como tengo que actuar y sentir, no me lo vuelvas a decir Fiona. ¡Ven aquí! —Su tono era violento.

—¡No, no voy a ir, y como me pongas una mano encima...!

Vino hacia mí y me cogió por la muñeca para tirarme en la cama, cogí el jarrón y se lo estampé en la cabeza.

Me miró incrédulo, yo miré de reojo que más había cerca, si tenía que darle otra, se la iba a dar. A mi este, por muy highlander que se sintiera, no me iba a poner ese cinturón encima.

—Haz lo que te he pedido... —cerró los ojos y aproveché para salir corriendo.

Cogí ventaja porque estaba aturdido y salí de la casa, me puse frente a ella, a la vista de la gente, esperando a que saliera, pues si lo hacía y me ponía una mano encima, montaría allí una revolución. Si este se pensaba que iba a poder conmigo, iba apañado.

Además, estábamos en un momento difícil en las tierras, las personas le debían lealtad a la familia, pero no estaban muy contentos con la partida de los señores, además, había demasiados rumores sobre el carácter de Scott, así que, si me provocaba...

Ahí estaba, caminaba lentamente y se paró en la puerta, mirándome.

—¿Vienes a tomar un licor a la taberna, señor Scott? —pregunté con ironía en voz un poco alta y que podían escuchar los que pasaban por allí.

—Vamos a la cocina a tomar algo mejor —su tono era serio y exigente.

—¡Oh no! —reí —Me voy a la taberna, con su permiso —eché uno de mis pies hacia atrás y me recliné en plan ironía.

—Fiona... —dijo enfadado.

—¡Scott...! —grité sin girarme, levantando la mano y dirigiéndome a la taberna.

Me sentía genial, me pedí un Whisky y me lo bebí como él, de un trago, mientras lo veía acercarse, yo estaba en la terraza de ese lugar.

—Hoy vas a dormir en el refugio, ve hacia allá.

Me salió una carcajada que lo puso más encolerizado.

—No me hagas cogerte por los pelos y llevarte a rastras —su mirada fija me penetraba y me hacía notar el odio que sentía dentro.

—Una cosa Scott... —dije haciendo el gesto con el dedo —No vivimos en la época de la sumisión, hemos evolucionado y esto que hay en estas tierras, no es lo que existe ahí fuera y como lo conozco y lo he vivido, no te voy a consentir ni un maltrato más, ¡porque te juro que la próxima vez no te partiré un jarrón, te mataré directamente! —dije en tono amenazante.

—Vamos a la habitación a hablar.

—Ni a la habitación, ni al refugio, entérate que no, que, si quieres dormir hoy conmigo, va a ser en mi cama y en casa de mis padres, que no piso más esa casa.

—Tienes la ropa...

—¡Me pondré la de mi madre si hace falta, antes de entrar a esa cárcel de mierda que es tu casa!
—dije con rabia.

—¡Me estás faltando y me debes respeto!

—Mira, nadie te debe nada, han vivido aquí porque han trabajado aquí, no le habéis regalado nada, vives con la mentalidad de hace muchos siglos, estás obsesionado con un poder que no existe. Vive en el pasado si quieres, pero baja de las nubes, respeta a los demás como ellos te respetan a ti y deja ya de hacerte de todopoderoso, pues ese papel deleznable, te sienta fatal.

—No tienes derecho...

—¡Claro que lo tengo Scott! El que yo te ame, debería hacerte sentir feliz, tendrías que cuidarme, respetarme y amarme de verdad. Eso que haces conmigo, te hace ser un miserable, un cobarde y un ruín.

—Yo te amo, pero la mujer se debe al hombre.

—¡Repite eso y te tiro la silla ante los ojos de todo el mundo, te lo juro por mi vida, Scott, te lo juro...! —dije con furia.

—Si le pones una mano encima a mi hija, arderán las tierras —dijo padre, que no lo vimos aparecer y había estado escuchando.

—¡No se meta en esto! —espetó, mirándolo enfurecido.

—¡Claro que me meto, es mi hija!

—Papá, déjalo, este no tiene la valentía de volverme a tocar, le partí un jarrón en la cabeza...

—¡Yo lo mato con estas manos! —dijo padre, con mucha rabia.

Scott se dio la vuelta echando humos y fue a su casa, padre me abrazó.

—Que no te toque, no te toque, que lo mato —besó mi cabeza.

—Tranquilo padre, se defenderme, le planté cara.

—Tienes que irte a Edimburgo hija, tenemos ahorro, tendrás para el alquiler de estos dos meses y mantenerte allí sin problemas.

—Déjame pensarlo....

Fuimos a casa y padre le contó lo sucedido a madre. Ella estaba mal, triste, llorando, pidiéndome que saliera de allí y que me fuera a la ciudad.

Hablamos y decidimos que lo mejor era irme a Edimburgo, tenía la casa lista ya que allí residía Beth, con la que conviví todo el tiempo que estuve en la ciudad y donde me aguardaba mi habitación para cuando volviera.

Mi padre dijo que iba a por mis cosas a la casa y fue, no hubo quien lo frenara, yo rezaba porque no se liara nada, conocía a mi padre y nadie lo iba a parar.

Volvió un rato después con las bolsas y mis cosas.

—¿Qué pasó padre? —pregunté preocupada.

—Nada, suave como la seda, no opuso resistencia, me lo dio sin más.

—Vaya, es extraño en él...

—Vete mañana a primera hora, sal de aquí, no me gusta lo que escuché.

—Lo haré padre, tranquilo...

Esa noche lo metí todo en la maleta grande de piel, con la que vine de Edimburgo. Lo tenía decidido, le amaba más que a nada en este mundo, pero yo no me iba a convertir en una pobre desgraciada en manos de un obsesivo Scott.

CAPÍTULO 10



Edimburgo, Escocia, año 1980

Por fin, estaba en Edimburgo, frente a la casa en la que viví los últimos años. Pasé el trayecto llorando en ese autobús que me llevó a la ciudad.

Tenía llave, pero toqué la puerta por si estaba Beth. Esta, al abrir, me abrazó emocionada.

—¿Y esta sorpresa?

—Casi he tenido que huir de las tierras —me eché a llorar.

—¿Qué pasó? —preguntó abrazándome.

Le conté toda la historia, sin saltarme nada, con ella tenía plena confianza para desahogarme y soltar todo lo que llevaba dentro de mí.

—Lo siento mucho, cariño, lo siento... —casi sollozaba.

—No pasa nada, pero fue demasiado en muy poco tiempo, creo que tengo que soltar toda la rabia que llevo en mi interior.

—Aquí estarás mejor, además, faltan algunas semanas para que te incorpores, puedes dedicarte a ti, a pasear, a leer como tanto te gusta, tienes que hacer cosas para sacarlo de la cabeza.

—Sí —asentí afirmando eso, era la verdad.

Me instalé en mi cuarto, aquella casa era pequeña, un dormitorio para cada una, salón, cocina y baño, no necesitábamos más.

Pasaron los días y recibí noticias de padre y madre, me puso muy contenta que estuviesen bien y felices por yo encontrarme tranquila en la ciudad.

Me dediqué por las mañanas, a limpiar la casa, preparar comidas, leer, pasear e ir a comprar. Beth ya estaba trabajando, se incorporó a los dos días de terminar la carrera, en la consulta privada de un doctor muy prestigioso.

Mi sensación cada día era más extraña, echaba mucho de menos a Scott, a pesar de lo que me había hecho pasar esos días, pero algo me decía que tenía un fondo bueno, con una ira remota, que le hacía sentir así.

Había días en los que estaba con los ánimos por los suelos, otros, en los que lo llevaba mucho mejor y otros, en los que recibía noticias y me alegraba saber que todo estaba bien.

Me acordaba a menudo del día que decidí plantarle cara y estamparle el jarrón, bendito día, de lo contrario, aún seguiría recibiendo esos castigos desorbitados a los que él, me sometía.

Una mañana comencé a sentirme mal y fui a la clínica, fue difícil enfrentarme a la realidad, estaba embarazada. Me quedé en chock, pues tomaba la píldora anticonceptiva, para regular mi ciclo menstrual.

¿Y ahora qué? No iba a perder mi puesto, trabajaría hasta que no pudiera más y luego dispondría de unos meses donde seguiría cobrando y cuidaría del bebé, luego tendría que contratar a alguien para cuidarlo en mi ausencia y muchas cosas para la que no estaba preparada, pero que por supuesto, afrontararía.

Tuve claro que Scott, no se enteraría, no lo iba hacer partícipe, cuando podría arruinar mi vida y la de mi hijo, no me fiaba de él. Esos arrebatos, esa ira y su manera de ser, no quería que se los inculcara a mi hijo, o hija.

Me costó asumirlo, la ayuda de Beth fue muy importante para mí, me animó mucho y sabía que iba a ser de gran ayuda, ella estaba feliz con su llegada y que viviera con nosotras. Decía que iba a ser su amor y lo iba a malcriar, cosa que me alegraba, que mi hijo tuviera a alguien más, aparte de su madre.

Por fin llegó el día que me incorporaba a mi trabajo, estaba feliz, emocionada, sentía que todo había tenido su recompensa. Me tocó de auxiliar adjunta, una chica de lo más simpática, llena de vida, se llamaba Fía.

Me habían adjudicado una consulta y planta, así que, Fía, que ya llevaba allí algún tiempo, me puso rápidamente al día de todo, incluso de los cotilleos que había por esos pasillos, me hizo mucha gracia.

Habían pasado tres meses desde que decidí irme de las tierras y mi primer mes en el hospital, al que iba cada día con una sonrisa de oreja a oreja. Fía se había convertido en alguien muy especial para mí, me tenía al tanto de todo, era la reportera interna del hospital, como yo la llamaba y ella, feliz lo admitía.

Los fines de semana los tenía libre, iba al mercado, cocinaba para la semana y salía a tomar un café con Beth. A veces se nos unía Fía, éramos un trio de amigas que lo pasábamos genial, pero no podía olvidar a Scott, no lo había conseguido sacar de mi corazón y pensamientos.

Mis padres me habían informado que en las tierras se respiraba de otra manera, que Scott, estaba de capa caída y ya no poseía esos aires que antes llevaba, tenía el ánimo siempre por los suelos y se le veía triste.

Estaba segura de que nunca superó que una mujer le plantara cara y le pusiera la verdad sobre la mesa, para él, eso era una humillación, esa terrible mentalidad que no dejaba salir al hombre que yo sabía que había dentro de él.

A mis padres no les conté lo de mi embarazo, estaba esperando el día para verlos en algún sitio y hacerles participe, no me fiaba de escribirles y que la carta cayera en las manos equivocadas y mucho menos quería que él, se enterara que iba a ser padre, eso nos llevaría a una guerra y conociendo su forma de pensar y actuar, prefería mantenerlo al margen.

CAPÍTULO 11



Lanarkshire, Escocia, año 1980

SCOTT

Habían pasado tres meses desde que Fiona se fue y con ella, mis ganas de vivir.

La vida en las tierras se había convertido en una rutina que me estaba consumiendo, de la casa a la taberna, de la taberna a la habitación a tomar otro whisky y así, día tras día.

Fui a pedir perdón a los padres de Fiona, a implorarles que perdonaran mis actos por no haber valorado y cuidado a su hija, a la que ahora extrañaba y echaba de menos a cada minuto, la que me había hecho comprender que no todo valía, que no se puede tener a alguien a base del dolor y de castigos, que la mujer había nacido para ser libre.

Logan cada día intentaba animarme, era lo más leal que tenía al lado, pero debía admitir que todos los que trabajaban para mí, lo seguían siendo.

Fiona, no se iba de mi cabeza, la recordaba siendo una niña preciosa, como iba creciendo y la veía que destacaba en las tierras sobre las demás.

Cuando regresó de Edimburgo y tuvimos un contacto directo por primera vez, pensé que sería un juego como con todas las demás, pero no fue así, conquistó mi corazón y ganó la batalla. Se fue a la ciudad de nuevo como una guerrera, la más grande de las guerreras.

No había día que no maldijera mi bochornoso comportamiento.

Una mañana tuve una conversación con Minerva, y esta me hizo ver la cruda realidad de todo lo que pasaba.

—Señor, usted no es malo, pero debe sacar ese demonio que lleva dentro, usted es bondadoso, no puede permitir que las sensaciones del mal le ganen —dijo en un intento de sinceridad.

—Me porté muy mal, ahora la vida me está devolviendo lo que merezco.

—Puede cambiar, usted es joven, lo tiene todo...

—No tengo nada, lo más valioso se fue.

—Cambie sus pensamientos y podrá atraer todo lo que desee a su vida...

Esa frase hizo despertar una parte de mí, quería hacer eso, cambiar mis pensamientos, mi forma de ser y de ver la vida e intentar luchar por aquello que perdí.

CAPÍTULO 12



Edimburgo, Escocia, año 1980

Esa mañana tuve una revisión del embarazo, estaba de tres meses y una semana, apenas se me notaba, estaba más gordita pero no aparentaba una barriga, aunque yo me la tocaba a todas horas, le hablaba al bebé por las noches, cuando me tumbaba y ponía la mano en mi vientre.

Todo estaba perfecto y eso me alegraba mucho, tenía miedo que le pasara algo a mi bebé, esa cosita que aún no sabía si sería niño o niña, pero me daba igual, lo amaba ya con toda mi alma.

—Sigue así, verás lo bien que llevarás el embarazo —dijo el doctor.

—Gracias, intentaré cuidarme lo máximo posible.

—Evita los azúcares.

—Claro, lo haré.

—Nos vemos en unas semanas.

—Gracias, doctor —salí de allí emocionada.

La mañana en la consulta me fue genial, además, era viernes y ya no trabajaba hasta el lunes, aunque me encantaba mi trabajo, necesitaba disfrutar de mí, de mi momento.

Salí del hospital y cuando bajé las escaleras que daban a la calle, me quedé sin aliento...

—Scott... ¿Qué haces aquí?

—Hola Fiona... —dijo con tristeza.

—Hola —me abroché el abrigo, pues hacía frío, además, me había descompuesto al verlo.

—¿Podemos tomar un café?

—Claro... —mi tono era bajo y nervioso.

—Donde tú digas —extendió su mano para que caminara

—¿Como estás? —pregunté con los brazos cruzados por el frío y mirándole a los ojos.

—Bueno, estoy, que no es poco... —sonrió.

—¿Qué haces en Edimburgo?

—Necesitaba verte, hablarte, pedirte perdón por todo... —sonaba a verdad y eso me hizo dar un vuelco el corazón.

—¿Qué te llevó a hacerlo?

—El dolor de la realidad, esa que no veía nunca y que tú conseguiste hacer que conociera.

—Vaya... —tragué saliva y entré a la cafetería, donde tenían los mejores dulces de la ciudad.

Pedimos dos cafés y un trozo de tarta para cada uno.

—Hablé con tus padres hace tiempo, les pedí perdón por todo —me quedé asombrada, no me habían dicho nada...—¿No te lo habían dicho? —preguntó al notar la sorpresa en mi cara.

—No, no me lo dijeron... —mi voz apenas se oía, demasiada información en un momento.

—Seguro que querían mantenerte alejada de todo lo que tuviera que ver conmigo, los entiendo totalmente —su tono era diferente a lo que me tenía acostumbrada.

—Soy su hija, es lógico que lo hicieran —dije con tristeza.

—Te amo, te juro que te amo, haría cualquier cosa porque me perdonaras —el brillo de sus ojos, denotaban verdad.

—Te perdoné hace tiempo Scott, pero no voy a volver a las tierras, no dejaré mi vida en

Edimburgo, sí es a lo que vienes.

—Lo entiendo, Fiona, lo entiendo... —Me agarró la mano —Ya no me debes lealtad, pero sí un jarrón —dijo, provocándome una carcajada —. Conseguí verte reír, ya por eso mereció la pena venir hasta aquí.

Se le veía diferente, aunque yo estaba alerta, pero estaba diferente con otro semblante. Yo, no le iba a contar mi secreto, no me iba a jugar que volviera a producirse una situación que pusiera en riesgo la vida de mi hijo, de nuestro hijo.

Pasamos la tarde charlando en aquella cafetería, me contaba cosas de las tierras, ya aquello lo comenzaba a ver de otra manera, fuera del poder y la ambición por el ego del pasado.

—¿Puedo pedirte algo?

—Dime, Scott.

—Ven a las tierras el fin de semana que viene, ve a tus padres, duerme con ellos, yo te traeré el domingo por la noche. Te prometo que no te tocaré, no te exigiré que entres a casa, ni al refugio, quiero que no le tengas miedo a aquello, quiero que vuelvas.

—Me lo pensaré... —dijo con media sonrisa.

—Gracias, Fiona...

Nos despedimos un rato después, no le dije nada de venir a mi casa, no quería crearle unas expectativas que no entraban en mis planes y menos en mi vida, me tenía que encargar de que mi embarazo, fuera lo más seguro del mundo.

La verdad es que la aparición de Scott, me había producido sentimientos encontrados, lo habría abrazado con todas mis fuerzas y lo amaba, a pesar de todo lo que me hizo, lo amaba. También era el padre de mi mayor orgullo y secreto, pero aún no estaba segura de que hubiera cambiado.

CAPÍTULO 13



Lanarkshire, Escocia, año 1980

SCOTT

Esa noche no pude dormir bien, daba vueltas a todo, el encuentro con Fiona, había sido de lo más doloroso, tenerla frente a mí y no poderla besar...

Me asomé a la ventana en varias ocasiones.

Había regresado a las tierras pensando en ella todo el tiempo, como lo había hecho en los últimos meses desde que se fue.

Estaba diferente, con una sonrisa preciosa y una mirada más especial de la que nunca le había visto.

Me dolió separarme de ella, me dolió no poderle dar un abrazo y gritar a los cuatro vientos, cuanto me dolía aquella situación.

Los siguientes días los pasé intentando entretenerme, intentando confiar en que el viernes vendría a las tierras a ver a sus padres y yo, poderle demostrar que aquel Scott, al que ella sacudió aquel día, comenzó a ser otro.

Tuve otra charla con Minerva, cada día se hacía más cómplice de mis cosas.

—¿Viste cómo te recibió? —preguntó emocionada.

—Sí, pero eso no cambia nada.

—El simple hecho de que piense en volver, es un adelanto, sigue pensando en positivo y la vida la traerá a ti de nuevo.

—Lo haré —sonreí. La verdad es que tenía razón.

—Hay que dejar hablar al corazón, no a la cabeza.

—Tienes razón —y mucha razón que tenía, si hubiera dirigido mi vida con el corazón y no con la cabeza, hubiera evitado mucho daño.

—Pues hazme caso, soy mujer —sonrió.

—Lo haré Minerva, gracias —le di un beso de afecto en la mejilla.

Los padres de Fiona, ya me miraban con mejor cara, me veían más tranquilo, incluso con su padre, tuve más de una conversación sobre las tierras y como debería enfocar el tema de los caballos.

Tenía ganas de volverla a ver, muchas ganas...

CAPÍTULO 14



Edimburgo, Escocia, año 1980

Desde el día que apareció de nuevo Scott, mi vida estaba siendo de lo más inquieta, por un lado, estaba loca por ir a las tierras y contarles a mis padres lo del embarazo, además de volver para quitarme esa sensación con la que salí.

—Relájate —dijo Beth, animándome.

—Ya, pero no sé si debo ir, o no...

—Quizá sea verdad que cambió, es el padre de tu hijo, el hombre que amas...

—¿Y si por mi culpa se lía en las tierras?

—No lo creo, además, se pondrían de tu parte —me apretó la mejilla.

—¡Auch!

—Eso para que espabiles, lo amas tonta...

—En eso tienes razón.

—Pues ve, que se pone tonto, le partes otro jarrón, que se pone bien, te lo follas vivo —dijo consiguiendo sonrojarme.

—¿Como puedes tener esa boca?

—Me gusta llamar a las cosas por su nombre —sonrió.

—Ya veo... —reí.

Me preguntaba si haría bien en ir o, provocaría de nuevo la ira de un Scott, que, aunque parecía cambiado y agotado, podía estar intentando mostrar su mejor cara para jugar su mejor carta.

Los días los pasé nerviosa y no quería estarlo, me cuidaba mucho por el embarazo y eso era lo que más me importaba del mundo.

Me di cuenta con la aparición de Scott, que lo seguía amando con la misma intensidad que cuando partí de las tierras.

Estaba hecha un mar de dudas...

El jueves por la noche dejé todo listo, iría a las tierras, así lo había decidido. Llevé mi pequeño equipaje al hospital, por lo que esa mañana, trabajé con los nervios a flor de piel.

—Estas hecha un flan —dijo Fía, frotándome las manos.

—Estoy de lo más nerviosa —puse cara de tristeza.

—Por cierto, otro fin de semana me voy contigo a las tierras, quiero conocer aquello de lo que tanto me hablas.

—¿Quieres retroceder en el tiempo? —Volteé los ojos y nos reímos.

—También quiero conocer a Scott, el papá de nuestra pelusilla —acaricié mi barriga.

—Si lo supiera...

—Te secuestraba —rió.

—Pues no iba a ganar para jarrones, que considera reliquias, porque le partiría en la cabeza, todos los que tiene en su casa —reí.

—Los tuviste bien puestos al plantarle cara —seguía riendo.

—Recuerdo que me quedé muy a gusto...

—Normal, eso debe ser excitante, soltar toda la adrenalina de esa manera —no dejaba de reír.

—Me sentí bien, además, ese momento desafío fuera de la casa, cuando salió y yo lo reté, fue de lo más placentero, poder plantarle cara y hacerle ver que no era nadie, para tener a la gente a su disposición y de esa manera tan cruel.

—Y ahora volvió...

—Sí —negué con la cabeza.

—Y dejó tu corazón tocado...

—No, no es eso, ya tocada me había dejado, pero sí que me quedé con unas ganas impresionante de abrazarle —mi rostro se volvió triste.

—Hoy volverás a verlo, quién sabe...

—No quiero ni pensar —la abracé.

—Vas en autobús, ¿verdad?

—Claro, aún no tengo coche —le saqué la lengua.

Salí del hospital dispuesta a ir a la parada donde cogería el autobús, uno que salía en media hora y era el único que partía ese día.

Al llegar a la puerta me encontré con una sorpresa, estaba Scott.

—No te asustes —sonrió y levantó sus manos en son de paz.

—¿Qué haces aquí? —pregunté extrañada y sonriente.

—Veo por la maleta que decidiste que sí, irías a las tierras, vine por si en caso de que así fuera, no tuvieras que ir en bus, te llevo en mi coche.

—Scott... —me mordí el labio y negué con la cabeza.

—Te traje esto, en caso de que te veas en peligro, me lo clavas —me puso en las manos un cuchillo bien grande en su funda.

—Estas loco —reí.

—No tanto como crees —me cogió la maleta y lo seguí a su coche que estaba allí aparcado.

—Podría haber cogido el autobús y no darte esa paliza.

—¿Paliza, poder estar a tu lado de vuelta durante unas horas?

—Bueno —reí y me subí en el coche.

—Las tierras te echan de menos...

—Dirás, mis padres —volteé los ojos.

—Tus padres y todos —sonrió.

—Ya será menos...

—No es menos, créeme que no—arrancó el coche.

El camino lo pasamos charlando sobre mi trabajo, las tierras, los cambios que quería hacer, me daba a entender que quería avanzar, salir de aquel estancamiento en el que había vivido.

CAPÍTULO 15



Lanarkshire, Escocia, año 1980

Las puertas de las tierras se abrieron y mi corazón dio un vuelco.

Aparcó delante de la casa de mis padres y madre salió a ver que pasaba, ya que tocó incesantemente el claxon, mientras sonreía.

Madre al salir y verme con la maleta fuera del coche, se puso las manos en la cara y me abrazó sollozando.

—La he traído el fin de semana —dijo Scott—. Estará con ustedes, mejor que con nadie —su sonrisa transmitía verdad y nobleza—. No deben preocuparse por nada, estaré por la casa y las tierras por si me necesitan.

—Gracias, Scott —la voz de mi madre sonó a incredulidad.

Entramos a la casa madre y yo.

—Me alegro de verte hija, pero...

—Pero nada, madre, no te preocupes por nada, sabes qué sé defenderme, aunque creo que no volverá a hacer falta.

—Eso espero hija...

—Tranquila —besé su mejilla.

Puse mi pequeño equipaje en la habitación, padre llegó inmediatamente, allí corrían las noticias como la pólvora.

Les puse al tanto de todo, absolutamente de todo, del embarazo y que Scott, no lo sabía, de que él, había ido el viernes anterior a Edimburgo y tomamos un café, de todo, no me quedé guardado nada.

La noticia del bebé los dejó en shock, pero, por supuesto, la aceptaron a pesar de lo mal visto que estaba tener un hijo fuera del matrimonio, sabía que ellos, poco a poco, lo irían asumiendo.

—Scott está muy cambiado —dijo padre —, se le ve muy entregado a las gentes de las tierras, colabora y ayuda, parece otro, no lo voy a negar...

—Nos pidió perdón —irrumpió mi madre contando por fin lo que yo ya sabía —. Vino y nos lo imploró de mil maneras.

—De todas formas, no te confíes, tienes que tener cuidado —dijo mi padre preocupado —. Aunque él sabe que, si te pone una mano encima, no vuelve a respirar en su vida —su tono sonó fuerte.

—Tranquilos.

Salí a ver a Kelly y nos fuimos a la taberna a tomar un té, la puse al día de todo, menos del embarazo, estaba alucinando.

—Scott, desde que te fuiste, está muerto en vida.

—¿Crees eso?

—Esta triste, habla con todos, pero su tono es muy bajo, sin fuerzas, dicen que lo han visto llorar de camino a la casa del antiguo guardián, donde va todas las tardes y se sienta en la puerta —dijo refiriéndose al refugio.

—Vaya... —Se me saltaron las lágrimas.

—Está muy mal...

Estuvimos un rato y luego nos marchamos, iba a entrar en casa, pero se me ocurrió algo y tenía que vencer mis miedos.

Me dirigí a la casa de los MacGuffey, vi a Logan y le pedí que avisara a Scott.

—Está en su habitación —abrió su mano señalando a la casa para que entrara, lo hizo con un gesto amable y sonriente.

Subí y llamé a la puerta.

—Adelante —dijo desde su interior y abrí la puerta.

Estaba en la ventana, sentado, al verme se levantó rápidamente.

—Fiona... —dijo emocionado, acercándose.

—Vine a comprobar si te tenía que partir otro jarrón en la cabeza —me encogí de brazos riendo.

—No —rio —, pero si te vas a sentir mejor, hazlo, me lo merezco una y mil veces.

—Ah no, con una me valió para quedarme tan a gusto —sonreí de nuevo mientras lo miraba, estaba triste, su expresión daba pena.

—¿Como estás? —Agarró mis manos.

—Bueno, feliz de haber visto a mis padres.

—Claro. ¿Quieres un zumo, un té o un café?

—No, ya tomé uno con Kelly en la taberna.

—Siéntate, por favor —me señaló al borde de la cama y nos sentamos de lado, uno frente al otro.

—Dicen que te ven muy cambiado...

—Bueno, imagino que sí, ya no tengo ni fuerzas para llevar esto —dijo con tristeza.

—Entiendo, te quedaste muy solo con la partida de tus padres, pero la gente te quiere, no debes sentirte así.

—Y tú, ¿me quieres? —Su pregunta se me clavo en el alma.

—Claro —dije sin poder mentir.

—Gracias, no lo merezco.

—Bueno, un poquito —intenté hacerle reír.

—Si quieres, salimos a dar una vuelta, no quiero que tus padres se preocupen por lo que pueda

estar pasando aquí.

—Tranquilo, no será así, pero si quieres, salimos.

—Claro.

Bajamos y comenzamos a caminar, nos encontramos a padre, pero estaba tranquilo, me veía calmada con él, volví a abrazarlo, ya lo había visto antes.

Continuamos andando y llegamos hasta el refugio, nos reímos mirando.

—¿Entramos? —Levantó la ceja.

—Claro, no tengo tan malos recuerdos —reí.

Miré alrededor, en aquel lugar que me había azotado ese día, pero en ese lugar que fue nuestro primer sitio de encuentro.

Me agarró por la cintura y me miró fijamente.

—Estoy loco por besarte, pero no lo haré si no quieres —su tono era de respeto y amor.

Lo besé, pues yo lo deseaba tanto como él y lo besé con todas mis fuerzas, aun sabiendo que ya mi vida estaba y estaría en Edimburgo.

Comenzó a desnudarme con cuidado, mirándome, besándome, respetándome, y cuando me tuvo desnuda, me miró de arriba a abajo.

Lo desnudé con cuidado, besando su pecho, sus ojos brillaban de felicidad y su media sonrisa no se quitaba de su cara.

Lo hicimos, lo hicimos con pasión, amor, con respeto, sobre todo con respeto, pero con la efusividad y control que poseía en ese terreno, sin sobrepasar los límites. Aquel fue un momento mágico, luego nos echamos un rato en la cama y me colmó de abrazos, de atenciones, de mimos...

Fuimos caminando hasta la puerta de mi casa, queríamos que nos fueran viendo de vez en cuando, madre lo hizo pasar y le invitó a cenar un caldo que había hecho.

—Es uno de los mejores que he probado —dijo sonriente.

—Me alegra, pues cuando quieras me lo dices, que yo te hago una olla.

—Gracias —sonrió.

Cenamos y luego lo acompañé a la puerta, nos despedimos, quedamos en vernos a la mañana

siguiente.

—Está cambiado —dijo madre, cuando me despedí de ella para irme a la cama.

Sonreí...

—Está muy cambiado, creo que le vino bien mi sacudida —volteé los ojos.

—A todos nos viene bien, de vez en cuando.

—Creo que está sufriendo un cambio, poco a poco, se volverá a encontrar y será más feliz que antes, cuando ame y respete todo, estará en paz consigo mismo.

—Hija, yo solo quiero que no te haga daño.

—Créeme que no lo hará.

—Confío en tu intuición —me abrazo.

—Quédate tranquila.

Me retiré a la habitación y ya lo echaba de menos, ese momento en el refugio me había hecho revivir todo lo que sentía por él, desde lo más profundo de mi alma.

Me toqué la barriga, la acaricié y me quedé dormida.

CAPÍTULO 16



Lanarkshire, Escocia, año 1980

Desperté y tomé un café con madre, me dijo que iba a hacer un cocido y que le dijera a Scott que estaba invitado, ese gesto me pareció bueno para ir limando perezas, en el fondo, aunque él no lo supiera, era el padre del hijo que esperaba.

Tras el café fui a casa de Scott, me recibió Minerva y me hizo subir, con una preciosa sonrisa, se le veía feliz, como si estuviera más relajada en aquella casa, cosa que me alegró.

Llamé a la puerta y al verme, sonrió y vino a abrazarme.

—Madre está haciendo un cocido y te invita a comer —fue lo primero que dije cuando estuve en sus brazos.

—Le agradezco en el alma, claro que iré si te parece bien.

—Por mi estupendo —le di un beso.

Comenzó a desnudarme y se quedó como el día anterior, observando mi cuerpo.

—Cogiste peso, estás muy bien —sonrió.

—Sí —sonreí escondiendo la verdad —, me sentó bien Edimburgo.

—Ven —agarró mi mano y me tumbó en la cama.

—Scott —cogí el aire cuando se puso entre mis piernas a lamer mi interior.

Lo hizo como él sabía, llevándome al límite de la excitación, poniendo mi corazón a mil por hora y consiguiendo que me encogiera de placer.

Luego se puso sobre mí, y me penetró, me agarré a sus fuertes brazos y comenzó a moverse con ganas, pero sin pasarse, me miraba de manera que sus ojos lo decían todo, mientras su cara se estremecía de placer, sentí que todo aquello era lo que deseaba, estar así con él, el resto de mi vida, cosa que, dada las circunstancias, sería casi improbable.

Luego fuimos a comer con mis padres y estuvieron todos muy cómodos, conversando sobre los cambios que se estaba empezando a hacer en las tierras

A mis padres se les veían más tranquilos y, sobre todo, a Scott, que iba envolviéndose en una sonrisa que me causaba una felicidad importante.

De allí fuimos a pasear un rato y luego a la taberna, me ofreció tomar un Whisky, pero por mi estado, no podía, además él, no lo sabía, le dije que me apetecía un té.

Estuvimos un rato charlando, al día siguiente saldríamos después de comer para Edimburgo, él me quería llevar.

Esa noche me pidió que durmiera con él, fui a hablar con mi madre y le comuniqué que dormiría en la casa.

—Está bien, hija... —sonrió.

Esa noche lo hicimos, con una fogosidad e intensidad abrumadora, caí cansada, era un fenómeno sobre mi cuerpo, me producía un temblor difícil de quitar y, sobre todo, me provocaba deseos, amor, me abría el alma.

Por la mañana desperté cuando ya lo tenía entre mis piernas, jugando con sus dedos por mi zona sensible y mi interior, me abrí bien para que estuviera cómodo, a él le encantaba que me expusiera de esa manera y a mí me volvía loca de placer.

Introducía sus dedos en mi interior para luego sacarlos y comenzar con su lengua, esa que me volvía loca, que me succionaba con fuerzas y que me elevaba a lo más alto.

Luego lo hicimos, yo sentada sobre él, moviéndome a ritmo de sus manos mientras su boca mordisqueaba mis senos.

Terminamos en un abrazo de esos que te roban el alma...

Desayunamos en su casa y más tarde comimos con mis padres, me despedí de ellos y salimos rumbo a Edimburgo.

—El viernes que viene vuelvo por ti —dijo mientras conducía.

—Vale —sonreí, yo también lo deseaba.

La despedida en la puerta de la casa fue graciosa pues apareció Beth y se lo presenté, ella se quedó con la boca abierta y me hizo un gesto como diciendo, “¡vaya hombre!” y se metió en la casa.

Nos abrazamos y prometimos volver a vernos el viernes, me volvería a recoger en el hospital y yo, yo estaba deseando ya que llegara ese día.

Entré a la casa y Beth, estaba impaciente.

—No veas con Scott, ahora te entiendo, ya puedes empezar a contármelo todo...

La puse al día y ella sonreía alucinando por esa situación.

—Ojalá haya cambiado, es el amor de tu vida y el padre de nuestra pelusilla —me tocó la barriga.

Esa noche me acosté echando mucho de menos a Scott, acordándome de los momentos tan bonitos que había vivido en la finca.

La semana la pasé nerviosa, deseando que las horas y los días pasaran ¿Iba a estar así siempre? ¿Podríamos permanecer así mucho tiempo? Todas esas dudas, azotaban mi cabeza una y otra vez...

CAPÍTULO 17



Lanarkshire, Escocia, año 1980

SCOTT

La despedida me partió el alma, saber que no la vería en cinco días era muy difícil de digerir, volvía con el corazón quebrado.

El martes me invitaron los padres de Fiona a comer, cosa que me alegró mucho, estaban muy simpáticos, se les notaba que se esforzaban por olvidar todo lo sucedido.

Mi vida era un poco pasiva, la cabeza no me dejaba estar al cien por cien, gracias a la gente que trabajaba en las tierras todo iba viento en popa. Yo quería participar más, pero el dolor no me lo permitía, demasiado peso de conciencia por lo que le hice a esa mujer.

No se me quitaba de la cabeza la imagen del día que la penetré y la azoté a la vez ¿Cómo pude ser tan deleznable?

Estaba, poco a poco, surgiendo una idea en mi cabeza, pero necesitaba analizarla bien, pensarla, porque eso, podría cambiar el rumbo de nuestras vidas.

Por fin llegó el día que la recogí, estaba con esa preciosa sonrisa saliendo del hospital, hecha toda una doctora, una mujer luchadora y libre, eso que tanto me costó entender, como ella decía: “vivía en otra época” y ahora entendía que tenía razón.

Subimos al coche y nos dirigimos a las tierras, la veía más llenita, no sabía si la tranquilidad de allí le estaba haciendo coger unos kilos, pero estaba realmente bella.

CAPÍTULO 18



Lanarkshire, Escocia, año 1980

Otra vez entrando por las puertas de las tierras, con Scott, ese hombre que parecía haber cambiado de verdad.

Mis padres me recibieron feliz, madre miró mi barriga cuando estábamos a solas y la acarició.

—Te creció mucho —dijo abriendo mi abrigo.

—Sí, ya es hora de que le cuente la verdad.

—Sí, hija...

Y eso pensaba hacer, dejé las cosas y fui a buscarlo, se había ido a la casa pues tenía que entregar algo a Logan, así que un rato después, fui yo.

Estaba en la cocina y le pedí pasear, a él, por la cara que puso, le pareció extraño y lo era, pero necesitaba contarle cuanto antes la verdad.

Comenzamos a caminar hasta el refugio.

Una vez dentro le pedí que se sentara, yo me quedé de pie quitándome el abrigo.

—Quiero enseñarte algo —comencé a desnudarme.

Cuando me quedé desnuda ante él, vino y tocó mi barriga, extrañado por el volumen que había adquirido.

—Es tu hijo, Scott, estoy de catorce semanas —le dije y él, cayó de rodillas delante de mí lagrimeando y besándomela.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Hace mucho tiempo, cuando me faltó la regla, un médico en Edimburgo me reconoció y confirmó mi estado.

Me abrazó en silencio durante un rato, luego, se separó de mí, me cogió de las manos y me sentó sobre la cama.

—No sé cómo lo voy a hacer, pero no te voy a joder la vida ni a ti, ni a nuestro hijo —sus ojos brillaban de emoción.

—Algo me dice que serás un gran padre y que ese jarrón sobre tu cabeza, hizo efecto —reí.

—Lo hizo, antes debiste de haberme dado con él —volvió a abrazarme con fuerza y después, lo hicimos.

Me despojó de mi ropa, pero con tacto, esta vez iba lento, cuidadoso, con mucho recelo de no provocar nada en mi interior, me hizo gracia de ver la manera tan tierna de cuidarme en esos momentos.

Comimos con mis padres y les dije que Scott, ya lo sabía, lo felicitaron, diciendo que esperaban que todo marchara lo mejor posible, no dijeron nada más, para no meterse en nuestras cosas.

Pasé el fin de semana entre la casa de mis padres y durmiendo con Scott, que no paraba de prodigarme, mimos y atenciones.

No hablamos de nada, absolutamente de nada del futuro, creo que, a él, como a mí, nos producía un poco de tensión no tener claro cómo se iba a desarrollar todo, pues yo tenía mi vida en Edimburgo y él, en las tierras.

La despedida fue de pena, él se fue descompuesto, triste, con el dolor de dejarme a mí en la ciudad y él regresar a donde le pertenecía.

CAPÍTULO 19



Lanarkshire, Escocia, año 1980

SCOTT

Me había quedado roto, iba a ser padre con la mujer que amaba, iba a nacer mi primer hijo, tenía que conseguir reconstruir una vida a partir de dos mundos diferentes como eran el de Fiona y el mío.

Esa semana tomé una seria decisión, me marcharía a vivir a Edimburgo si era necesario, delegaría la gestión de las tierras en Logan y en los padres de Fiona, que ya la trabajaban, además de varias personas que eran importantes en el día a día, de la producción, recolección, cultivos...

Los días de esa semana pasaron lentamente. Fui hablando con Logan y algunos más, hasta con el padre de Fiona, que se quedó impresionado con mi decisión. Me dijo que, si yo cuidaba a su hija y compartía mi vida con ella, ayudaría a sacar las tierras adelante y lo haría gustosamente.

Eso me reconfortó mucho, solo quedaba hablar con ella, la persona más importante de mi vida en esos momentos, junto a nuestro bebé, esa criatura que venía en camino y que, aunque me diese igual lo que fuera, yo quería un varón, pero la felicidad sería la misma tanto si era niño, o niña.

Me dirigí el viernes a Edimburgo ahí estaba, su vientre esa semana había crecido mucho más, estaba preciosa, me recibió con un gran abrazo y partimos a las tierras, esas que se estaban convirtiendo en su refugio los fines de semana.

CAPÍTULO 20



Lanarkshire, Escocia, año 1980

Ahí estaba de nuevo, en aquel lugar donde me habían visto nacer, crecer y que fue testigo de ese amor que comenzó de forma tormentosa. Mis padres estaban felices de recibirme, pero sabían que me iba a casa de Scott.

Scott me puso al tanto de la decisión cosa que me dejó en shock, no supe qué decir, me senté sobre la cama.

—Scott en poco tiempo me darán la baja y vendré aquí a tener al bebé, luego tendré unos meses, ahora no es momento de que vayas allí —dije con tristeza.

—No sabía que lo pensabas tener aquí —acarició mi cara—. Por ti, haré lo que sea.

—Scott, vamos a esperar un poco, en breve estaré aquí. De momento, tendremos que seguir así, confía en mí.

—Respetaré tu opinión, pero quiero que te cases conmigo —dijo ante mi asombro.

—Cuando tengamos nuestro hijo, no me importará hacerlo —lo abracé.

Sabía que podríamos hacer nuestra vida en Edimburgo, que aquello lo llevaríamos hacia adelante y que conseguiríamos tener una vida en común, yo no estaba dispuesta a separarme de este nuevo Scott, que estaba consiguiendo enamorarme más si cabe de lo que ya estaba.

Pasamos el fin de semana, casi sin salir de la casa, devorándonos a besos, como los siguientes fines de semana que íbamos y veníamos, donde nuestro amor iba creciendo y donde a las personas del lugar se las veía felices con nuestra relación, además, sabían que un tiempo sería nuestra boda y todos estaban deseosos de ella.

Mis padres se instalaron en la casa con nosotros y cada vez que venía a las tierras los tenía a todos a mi lado, en aquel hogar, un sitio donde jamás pensé sentirme tan feliz y cómoda.

Llegó el día que me dieron la baja y me instalé aquí, me quedaban unos meses por delante tranquilos sin tener que trabajar. Echaba de menos a Beth y a Fía, más adelante las volvería a ver cuándo regresara a la ciudad, pero esta vez, de la mano de Scott, quien ya se había encargado de comprar una casa en Edimburgo, para trasladarnos a vivir cuando me incorporara al trabajo, a las tierras vendríamos cuando naciera nuestro bebé.

Y llegó el día en que nació nuestro Scott, le llamamos así, en cuanto supimos que era un niño y vimos su carita. Estuve atendida por el médico y la matrona del lugar, todo fue viento en popa, aunque los dolores que pasé, fueron unos de los más grandes y satisfactorios que había experimentado en mi vida.

Scott era un padre orgulloso, al igual que mis padres eran unos abuelos ejemplares, yo me sentía feliz. Con el cariño y atención de todos, me fui recuperando, poco a poco

Se acercaba el día de nuestra boda y ese viernes llegaron Fía y Beth, a la que instalamos en la antigua casa de mis padres. Al día siguiente se celebraba la boda, desde que llegaron, se hicieron cargo del bebé, estaban locas con él y lo retuvieron toda la tarde.

CAPÍTULO 21



Lanarkshire, Escocia, año 1980

La boda

Estaba nerviosa, me había comprado el vestido de estilo victoriano en Edimburgo, me veía guapísima, madre sollozaba emocionada y veía como todos esperaban abajo que yo, saliera.

Padre se acercó a mí emocionado y besó mi mejilla.

—Estás preciosa, hija —me ofreció su brazo para llevarme al altar.

—Gracias, padre, gracias a los dos por todo lo que me habéis dado.

—La vida daríamos por ti, cariño —acarició mi mano y comenzamos a caminar.

El párroco que había venido desde Edimburgo, nos esperaba en la capilla de las tierras para officiar la boda, era un antiguo amigo de la familia MacGuffey.

Scott, al verme, se emocionó mucho, me asombró verlo con chaqueta y por abajo con el Kilt, estaba guapísimo, me recibió con alguna lágrima cayendo por sus mejillas.

—Eres la mujer más bonita del mundo —dijo emocionado al verme.

—No te esperaba así... —sonreí —Estás guapísimo.

—Bueno, vale que me hayas sacado del pasado en el que estaba anclado, pero vas a tener que aguantar algunas cosas que son tradición —se acercó más a mi oído—. Nada que no sea comidas y atuendos —me causó una risa y miramos al sacerdote que comenzaba a officiar la ceremonia.

Mis padres, amigas, Kelly y demás gentes del lugar, estaban emocionados, se podía ver en sus rostros.

La ceremonia fue preciosa, llena de preciosos momentos, era todo aquello que había soñado muchas veces y ahora, estaba sucediendo ante la mirada de todos y de nuestro pequeño que dormía plácidamente sobre los brazos de Beth.

Salimos agarrados de la mano, felices, su rostro de felicidad en aquel momento, fue lo más bello que yo había visto en mi vida, junto al de nuestro hijo Scott.

—Gracias, vida —dijo dándome un beso en la puerta de la pequeña capilla donde todos aplaudían y vitoreaban.

Los gaiteros dieron paso a la música y nos dieron ofrecieron dos copas de vino para brindar.

—Quiero deciros a todo —habló Scott y se hizo un silencio entre los asistentes —, qué hoy es un día muy especial en mi vida, uno de los más grandes junto con el nacimiento de nuestro hijo Scott. Hoy comienzo una vida junto a ellos y espero que sea duradera, donde el amor, el respeto y el cariño, perduren para siempre —en ese momento, comencé a llorar de emoción—. Quiero daros las gracias a todos los que formáis parte de la vida de las tierras, nos habéis respetado y entregado vuestra lealtad a los MacGuffey. Estas tierras, como sabéis desde hace algún tiempo, pasan a partir de hoy, a manos de los que ya son mi familia—señaló a mis padres y estos, se emocionaron mucho —, personas muy queridas entre vosotros, que sabrán aportarle la experiencia y el buen hacer para seguir hacia adelante —todos comenzaron a aplaudir —Mi esposa, mi hijo y yo, estaremos aquí algunos fines de semana, en vacaciones y fiestas. Os quiero dar las gracias y pedir os que sigáis adelante, pues no solo a sido el legado de los MacGuffey, son las tierras de todos los que formáis parte de nuestro clan.

La gente lloró, aplaudió y vitoreó, cuando se acercó a mí y me besó, dejándome caer en su brazo hasta muy abajo, luego me levantó y llevó en brazos hasta la fiesta, donde no faltó de nada, ni la música de las gaitas, ni los platos tradicionales escoceses como el haggis, kipper, porridge... Y, por supuesto, la tarta cranachan, echa por las mujeres de las tierras con frambuesas recolectadas en la zona. Todo aquello regado por vinos y whisky de Escocia. Vivimos momentos de risas, bailes y celebración que no debían faltar en una fiesta de ese tipo.

A Scott se le veía feliz. Tras la boda, en un par de días, nos marchábamos a comenzar una vida juntos en Edimburgo, concretamente a Dean Villaje, un barrio como sacado de un cuento, a unos quince minutos de la ciudad. Preferí que viviéramos allí porque la ciudad sería un shock muy grande para Scott, acostumbrado a vivir en las tierras. Quise tener ese gesto con él, ya que se

sacrificó dejando sus raíces y costumbres para vivir en la ciudad conmigo. Allí estaríamos cerca de mi trabajo y todo lo demás, pero sin el bullicio de una gran ciudad.

Quedamos los últimos, nos despedimos de mis padres que se fueron a dormir y nosotros íbamos a hacer lo mismo, lo que no esperaba es lo que iba a suceder después...

—¿Dónde me llevas? —Tiraba de mi mano de camino a los terrenos y yo me temía lo peor.

—Es la noche de bodas, algo diferente —sonrió y me cogió en brazos, me llevó flechado al refugio.

Cuando abrió la puerta, había velas iluminando toda la estancia, una gran cama, vestida para la ocasión, con unos tejidos preciosos, así como cortinas de cuadros a juego con el tapizado de un gran sofá. Todo aquello había sido reformado, paredes muebles, chimenea... Me emocioné muchísimo, me llevé las manos a la boca, y solté algunas lágrimas y él, me abrazó.

—He querido empezar de nuevo y borrar aquellos momentos. Nunca dejaré de pedirte perdón por lo que hice, pero a partir de ahora, te juro por mi vida que nunca volverás a ver a ese monstruo, ni tendrás que tener miedo, mi vida.

Nos fundimos en un abrazo, mientras yo, lloraba a mares.

—No llores mi amor, no quiero que vuelvas a llorar nunca más.

—Lloro de felicidad, no imaginé que algún día llegara este momento en que fueses mi marido, que tuviéramos un precioso hijo y que me amaras de esta manera. Te amo Scott, y te prometo que te haré feliz todos y cada uno de los días de mi vida, hasta que Dios quiera...

Después de aquel momento de confidencias, siguió enseñándome el refugio. Al fondo había una preciosa bañera, sobre cuatro patas doradas, era una preciosidad.

—¿Está llena? —pregunté al verla humear.

—Claro, vinieron a prepararlo todo, esta noche la pasaremos aquí...

Comenzó a quitarme las cintas del vestido de novia, a deshacerse de él, en silencio, mirándome con la luz velas.

Me despojó del vestido que cayó sobre el suelo y me fue quitando la lencería, estaba detrás de mí, escuchaba su respiración agitada, mi corazón se aceleraba y comenzaba a costarme respirar, con solo estar así ante él, ya me sentía elevada.

Agarró mis caderas y se pegó a mí, noté su miembro rozándome, mordisqueo mi cuerpo y colocó una de sus manos en mi pecho, lo apretó con fuerza y solté un gemido.

Me hizo retroceder con él y se sentó en la cama, me hizo sentarme de espaldas a él sobre su miembro con mis piernas abiertas

—Tócate —exigió llevando mi mano, a mi zona más sensual.

Comencé a acariciarme con movimientos en círculos. Él, no se movía, pero con su miembro dentro de mí y sus manos pellizcando mis pezones, comencé a volverme loca y a moverme de arriba, abajo, mientras me tocaba. Más tarde caía rendida en un gran orgasmo.

—Bien, cariño, muy bien —comenzó a moverse, pero yo, aún seguía derrotada.

—Scott... —dije entre gemidos.

Me había entendido y bajó el ritmo, tenía una fuerza brutal, a veces no se daba cuenta de la presión que hacía en mí, aunque en el fondo, me encantaba estar con él, así, para mí era lo máximo que me podía pasar.

Terminamos, nos metimos en la bañera y abrió una botella de vino.

—¿Más? —reí mientras estaba tumbada, plácidamente.

Cogí la copa y le di un trago, me acordé de mi pequeñín que estaba con mis amigas en la antigua casa de mis padres.

—Me has hecho el hombre más feliz de la tierra —acariciaba mi pierna.

—Y tú a mí, la mujer más feliz de todo el planeta —sonreí felizmente.

CAPÍTULO 22



Edimburgo, Escocia, año 1980

Dos días más tarde, nos instalamos en la nueva casa, aún faltaba una semana para que me incorporara al trabajo, lo teníamos todo prácticamente organizado ya que estuvimos yendo y viniendo, para dejarlo todo listo.

—Ese mueble ahí, ahoga ese rincón —dije mirando uno de los muebles del salón.

—Lo escogiste tú —sonrió moviendo a Scottie, que lo sostenía en sus brazos.

—Pues no me gusta ahí —negué con la cabeza.

—Pues como no lo pongas en la calle... —Levantó la ceja.

—No puedo contigo... —resoplé y voltéé los ojos.

A Scott, a pesar de haberse separado de aquellas tierras que tanto amaba, se le veía feliz con aquel cambio y con estar a nuestro lado, su hijo era para él, era lo más grande que tenía en su vida, junto conmigo y eso me hacía sentir plenamente feliz.

—Scottie, me está mirando, como si estuviera suplicándome —dijo mi marido y solté una carcajada.

—¿Y qué te está pidiendo?

—¡Un baño! —dijo elevando la voz y cogiéndolo para bañarlo.

—A ver si me lees la mente a mí, también... —solté con sorna.

—De ti, me ocuparé luego... —Me hizo un guiño, mordiéndose el labio.

Le compramos a Scottie, un gran carrito con capota, me encantaba pasear por el barrio. Era un lugar precioso y tranquilo, sus callejuelas y aquel puente medieval donde se oía el murmullo del agua y se veían las pequeñas cascadas, hacían que siempre se acabara durmiendo, plácidamente. Iba a cumplir cuatro meses, pero ya se le veía muy atento a todo y sonriente, le encantaba comer y dormir, vivía para ello, algo normal en esos meses.

—Ya va viniendo un mejor tiempo, no se nota ese frío fuerte que traspasa a los huesos —dije a Scott, mientras paseábamos e íbamos a hacer la compra.

—Sí, vienen días para perderse por las calles y tomar algo, pasear más...

—Esto es más animado que ver solo tierras —solté una carcajada.

—Todo tiene su encanto, pero tienes razón, esto da más vida —me echó la mano por los hombros y me besó. Era muy cariñoso conmigo y con su hijo, siempre estaba besándonos.

Scott, comenzó a volcarse en la casa, en ayudarme a cocinar, las tareas del hogar, Scottie... Faltaban pocos días para incorporarme a la consulta y él, tendría que encargarse de todo, durante el tiempo que yo estuviese fuera. Él, no necesitaba salir a trabajar, ya que: el cultivo de las tierras, la producción, el ganado y los caballos, entre otras muchas cosas, le rentaban bastante. Ni siquiera yo, necesitaba hacerlo, pero había sacrificado muchos años de estudios y no iba a tirarlos por la borda y también adoraba mi trabajo.

Esa noche, el pequeño se quedó dormido pronto, nosotros cenamos y nos sentamos en el sofá a ver la tele, veía la excitación de Scott en sus ojos y yo me moría por estar en sus brazos.

—Ven aquí... —Me subió a su regazo, con mis piernas a cada lado, frente a él y agarró mis caderas.

—¿Buscas algo? —pregunté coqueta.

—A ti... —Me besó sonriente y con deseo, me quitó el camisón que llevaba y me dejó desnuda ante él, mirando con ojos ardientes mis pechos, que no dudó en agarrar con fuerza, produciéndome un gemido.

Se levantó conmigo en brazos y me echó sobre la cama, me quitó la ropa, abrió mis piernas y empezó a acariciarme mientras suspiraba de placer, yo me removía excitada y él agarraba mis piernas para que no me moviera y me dejara llevar.

Su boca y sus manos, me volvían loca.

—¡Scott...! —grité cuando llegué al orgasmo y me agarré a las sábanas retorciéndome.

Se tiró sobre mí y me embistió, mirándome con deseo, con ganas de llegar donde tanto le gustaba. Yo me sujetaba a sus brazos y disfrutaba con aquel hombre que hacía que me elevara a lo más alto.

Salió de mí, y me puso a cuatro patas, me penetró y se agarró a mis caderas para cabalgar libre, consiguiendo que llegáramos a donde él deseaba, a ese momento que nos dejaría desgastados de placer.

Esa noche como otras muchas, se levantó para dar el biberón a Scottie, que se ponía de lo más impertinente, me dejó dormir relajadamente, pues al día siguiente me incorporaba al trabajo.

Por la mañana desperté y Scott estaba en la cocina con mi café preparado, esos detalles me enamoraban cada día más, además, de esa preciosa sonrisa que ya florecía en su cara y haciendo presagiar, lo feliz que era.

—Buenos días, cariño —me besó sosteniendo a Scottie, y que aproveché para cogerlo un poco.

—Buenos días, vida —lo miré feliz.

—Ten un buen día en el trabajo y échanos de menos —acarició mi cara.

—No lo dudes, os echaré mucho de menos —di el trago del café y besé a Scottie, antes de devolvérselo. Luego tomé su cara y le di un gran beso a él.

Llegué al trabajo y todos me recibieron felices, felicitándome por el nacimiento y la boda, con aquel hombre de las tierras.

Fía estaba nerviosa, tanto tiempo sin ponerme al tanto de lo que se cocía en ese hospital la tenía atacada y a punto de explotar, me reí mucho con ella, era la reportera de allí, sin duda. Me puso al día de todos los chismes y ya descansó feliz.

Llegué a casa y Scott me recibió dándole el biberón a mi pequeño, al que tanto había echado de menos esa mañana. Tenía la comida lista sobre la mesa.

—Está riquísimo —dije con gesto de placer.

—No te mereces menos... —sonreí feliz.

—Te vas a convertir en el amo de casa —le saqué la lengua.

—Quién me lo iba a decir... —sonrió.

—Pero, ¿a que ahora ves el mundo de otra manera?

—Lo veo bonito, sin odio, sin rencor, sí, me enseñaste a verlo de otra manera, esa que me estaba perdiendo, invadido por el pasado.

Esa tarde volvimos a hacerlo cuando el pequeño dormía, no había día que no me perdiera en sus brazos, Scott, hacía sentirme de lo más excitada, además, su nueva manera de ser, hacía que fuese la mujer más amada y feliz del mundo.

Los siguientes días me seguía sorprendiendo por el cariño con el que preparaba todo: el desayuno antes de ir trabajar, la comida con la que me recibía, el cuidado tan meticuloso que ejercía sobre el pequeño y, sobre todo, el amor con el que llevaba a nuestra familia.

CAPÍTULO 23



Lanarkshire, Escocia, año 1980

Un mes después volvimos a las tierras, madre nos recibió loca de contenta quitándonos al niño y enseñándonoslo a Minerva, que lo besaba emocionada, Kelly no tardó en venir corriendo a verlo.

—¡Este niño está para comérselo a bocados! —dijo Minerva, besuqueándolo.

—Pues comérselo entre todos que Scott y yo, necesitamos descansar —dije riendo.

—¡Pues no hay nada más que hablar! —dijo madre, encargándose de él.

Mis padres y Logan llevaban muy bien las tierras, a la gente se la veía contenta y emocionada al vernos. Se notaba que aquello, había sufrido un gran cambio. Llegamos a nuestra habitación y había una preciosa cuna de madera que habían hecho algunos hombres del lugar y otras mujeres, tejieron las ropas que estaban sobre ella para abrigar al pequeño.

Me hacía gracia aquella habitación donde le partí el jarrón en la cabeza a Scott, aquello marcó el comienzo de un gran cambio, tanto para nosotros, como para las gentes de allí. Mereció la pena que le plantara cara, ahora todos, éramos más felices.

Esa noche mis padres se llevaron a Scottie a su habitación, así nosotros nos despreocupábamos un poco y ellos disfrutaran de su nieto.

—Nos vamos —soltó, cuando todos se acostaron.

—¿Qué dices, Scott? —reí.

—¡Nos vamos! —rio, cogiéndome en brazos y bajando las escaleras.

—A mí, no me saques de las tierras —dije riendo.

Pero no, corría al refugio, ese que transformó para nuestra noche de bodas y que dejó precioso.

Me bajó al llegar a la puerta y entramos, estaba precioso, me gustaba mucho aquel lugar.

Me desnudé y él también, nos metimos en la cama y se colocó encima de mí, sus ojos brillaban de deseo y yo, me sentía la más feliz del mundo.

Lo hicimos mirándonos, agarrada a esos brazos que tanto me gustaban...

Estaba contenta de verlos a todos felices, se notaba en mi rostro, en mis palabras, en todo lo que envolvía mi vida y es que Scott, se había convertido en el hombre que siempre había soñado. Un hombre lleno de bondad, cariño y amor que derrochaba por todas partes. Lo que no esperaba es que esa noche, me haría la mayor de sus confesiones.

—Mis padres eran buenos padres, pero no me educaron bien, todo fue a base de azotes con la correa —dijo ante mi asombro.

—No lo sabía... —sentí pena por él.

—Nadie lo sabía, más que los que vivían en la casa que callaban y no se metían en nada.

—Entiendo... —Lo abracé.

—Ellos me hicieron ser así, yo estaba lleno de vida, de sonrisas, pero me la arrancaron de la cara.

—Lo siento, cariño... —Comencé a derramar unas lágrimas y a besarlo.

—Siento haber pagado toda la furia contigo y haber pensado que tenía que hacer lo mismo que ellos para que me obedecieras. Lo siento mucho, vida mía...

—Ahora lo comprendo todo, cariño. No te preocupes más. Al final, salió lo mejor de ti, el Scott que yo soñaba, es el que tengo ahora.

—Jamás le haría eso a nuestro hijo —dijo con tristeza.

—Claro que no, te partiría todos los objetos en la cabeza —lo hice sonreír.

—No merecería menos... —me pegó bastante a él.

Volvímos a hacerlo de mil maneras, ese hombre era puro volcán de deseo, era a quien amaba y deseaba a cada momento en mi vida y estaba conociendo la plena felicidad a su lado.

Esa mañana me trajo el desayuno al refugio, el pequeño seguía con mis padres y Scott, hacía todo lo posible por hacerme sentir la mujer más importante del mundo, con todo lo que conlleva esa frase, pero así era. Comprendí que había merecido la pena luchar y conseguir el corazón de la persona que amaba y con la que quería pasar el resto de mis días.

—¿Me vas a tener todo el día secuestrada, aquí? —dije cogiendo el café de la bandeja que había puesto sobre la cama.

—Y... ¿por qué no?

—He venido a verlos a todos, en especial a mis padres —volteé los ojos.

—Pues ahora vamos para la casa, no hay problema —sonrió—. Podemos volver esta noche.

—¿Qué le pasa a la habitación? —me referí a la de la casa.

—Allí es donde me partiste el jarrón —soltó una preciosa risa.

—Pues anda que aquí, no me diste veces en el culo con la correa —reí.

—Ojalá pudiera volver el tiempo hacia atrás —cogió mi mano.

—Con que siempre veas un futuro con nosotros, ya es suficiente —lo besé.

—Sois mi vida —volvió a besarme.

Tras el desayuno y otro momento pasional nos fuimos para la casa, allí comimos con: Kelly, mis padres, Minerva, Logan y algunos más.

La verdad es que todo estaba siendo una felicidad plena...

Tenía mi trabajo, a Scott en su mejor momento, a mi hijo, a mis padres felices en esas tierras y a mis amigas. Lo tenía todo, ¿qué más podía pedir?

El tiempo se pasó volando y tocaba despedida, pero prometimos volver pronto, iríamos cada dos fines de semana.

Madre abrazó a su nieto casi sollozando, le costaba mucho separarse de él.

Kelly me miraba sonriente, la veía feliz por mí, por ver lo que había logrado tanto para mí, como para todos los de las tierras.

Allí estaba mi gran familia, donde había crecido, me había criado y sentido muy feliz, pero en Edimburgo, tenía mi pequeña familia y mis sueños, esos por los que había luchado.

EPÍLOGO



Habían pasado cinco años desde que me casé con Scott, los mismos que tenía nuestro primer hijo.

Hacia dos años que había nacido Fiona, les llamamos igual que nosotros. Scott decía que, si su hijo se llamaba como él, nuestra hija se llamaría como yo. Aquello me hizo gracia.

La vida nos había cambiado mucho, ahora contábamos con Elsa, una chica que se encargaba de los pequeños y las labores del hogar.

Scott, decidió empezar a trabajar cuando Elsa, entró en la familia. Llevaba tres años trabajando en Edimburgo, como director en una empresa eléctrica. Estaba de lo más contento en su puesto de trabajo.

Las tierras iban viento en popa, exportaban mucho y se veía el cambio que estaba dando todo aquello. A Scott, le seguía generando mucho dinero, pero decía que no podía estar sin hacer nada, por eso empezó a trabajar y tuvo suerte de tener un empleo que le gustaba y que, además, le sirvió para modernizar las instalaciones de las tierras.

Tenía la sensación de que Scott, estaba avanzando por momentos y modernizándose más que yo, cosa que me hacía gracia, pero en ningún momento intentó ejercer ningún poder sobre mí.

—Ya están dormidos los niños —salió de la habitación de ellos y fue a abrir una botella de vino.

—Y no trabajamos hasta el lunes —era viernes y ese día, me hacía relajarme.

Me puse cómoda en un lado del sofá con los pies encima y cogí la copa.

—Pronto tendremos ese mes de vacaciones, estoy deseando pasarlo en las tierras y que los niños estén correteando por ellas...

—Y yo, me apetece mucho —sonreí.

Quitó la copa de mis manos y la puso sobre la mesa.

—Ven... —Me levantó y me puso sobre él y colocó sus manos en mis caderas.

—Te veo venir... —reí.

Y acabamos haciendo el amor con la misma fogosidad y deseo de siempre.

Nuestra vida había tenido bastantes altibajos, para bien o para mal, habíamos derrotado muchos de sus miedos del pasado.

Pero era otro Scott, ese que dormía dentro de él, por culpa de la estricta educación que le dieron sus padres, esos que se habían quedado anclados en el pasado, haciendo que su hijo pagara un alto precio, al no tener una infancia feliz.

Y ahora era un hombre feliz, tanto él como yo y desde que nos casamos, vivimos una continua luna de miel.

